EL PADRE GALLIFA

ó

UN SUSPIRO DE LA PATRIA,

DRAMA HISTÓRICO,

EN CINCO CUADROS Y UN PRÓLOGO EN PROSA Y VERSO

POR

D. JOAQUIN A. ALCÁNTARA

Y

D. MODESTO LLORÉNS.

Representado por primera vez en el Teatro del Circo-Barcelonés á beneficio del primer actor y director D. Ceferino Guerra.



BARCELONA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ,
calle de Escudillers, n.º 40, principal.

1862.

Scilicet ut fulvum spectatur in ignibus aurum,
tempore sic duro est impicienda fides.

Ovidio.—Lib. 1.º—Trist.—Eleg. 5.ª

A DON CEFERINO GUERRA,

EN PRENDA DE GRATITUD, DEDICAN ESTE DRAMA

Los Autores.

Barcelona.—Abril de 1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª Ramona de las Casas.	**D.ª Josefa Palma.**
Mercedes.	**» Felipa Diaz.**
Señora Ignacia.	**» Emilia Dansan.**
P. D. Juan Gallifa, clérigo R. Teatino, (36 años.).	**D. Ceferino Guerra.**
Juan Massana, (23 años.).	**» Ricardo Morales.**
José Navarro, sargento de Soria, (38 años).	**» Mariano Ruiz.**
Dr. D. Joaquin Pou, (61 años.)	No hablan.
Salvador Aulet, (27 años.).	No hablan.
Duhesme, general francés.	**» Julio G. Parreño.**
Provana, capitan.	**» Juan García.**
Gaddi, oficial.	**» Pedro Milá.**
Pau de la Laya.	**» Miguel Ibañez.**
Faluga.	**D.ª Josefa Hijosa.**
Diego.	**D. Tomás Infante.**
Olegario.	**» Antonio Vico.**
Benito, agente de policía..	**» Damian Casals.**
Andrés, alcalde de Esparraguera.	**» Antonio Sala.**

Vecinos de Esparraguera: Barceloneses: Soldados imperiales.

La accion del prólogo pasa en Esparraguera, en 1808; la de los actos siguientes, en Barcelona, 1809.

Las decoraciones del prólogo y del cuadro último son del pintor escenógrafo D. José Planella.

PRÓLOGO.

LOS HIJOS DE ESPARRAGUERA.



PRÓLOGO.

El teatro representa la calle Mayor de Esparraguera en 1808. — A la izquierda en primer término, una casita de buena apariencia con poyo á la puerta y balcon, sobre cuya baranda se vé estendido un capote negro con un ramo de siemprevivas.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen varios catalanes formando grupos. En primer término ANDRÉS, la SEÑORA IGNACIA, FALUGA, DIEGO y VECINOS.

ANDRÉS. No hay que darle vueltas, amigos mios. Le ha tocado á nuestra patria sin ventura, la suerte de las demás naciones, que una en pos de otra, van siendo presa de la codicia del francés.

DIEGO. Con que ese emperador Napoleon, que Dios confunda!...

ANDRÉS. Ese emperador Napoleon ha nombrado rey de España á su hermano José y muy en breve, merced á la infame traicion de los soldados imperiales, penetrará por la frontera y ceñirá á su frente la corona.

VECINO. Qué villania!

SRA. IGN. Pero el rey Fernando...

FALUGA. El rey don Fernando.

SRA. IGN. Cállate, indiscreto. ¿Qué es eso de corregir á su madre?

ANDRÉS. Al rey don Fernando, señora Ignacia, preso en Valencey, cogido entre las garras de su cauteloso opresor, ¿qué otra cosa le resta que llorar su desgracia y la pérdida del trono que la nacion le encomendó?

DIEGO. Todo esto significa que acabaremos por ser súbditos del emperador; que España, que Cataluña, van á formar parte de la Francia? — Por vida de Barrabás!

FALUGA. Antes ciegue que tal vea.

SRA. IGN. Jesus, María, José!

ANDRÉS. Quiera el cielo evitarnos tamaño pesar. —Pero mucho entusiasmo, mucha pasion y arrojo se necesitan para desalojar los cien mil hombres enemigos que la perfidia imperial ha introducido paulatinamente en nuestro suelo. Seremos franceses!

DIEGO. Esto será lo que tase un sastre, señor alcalde. Si piensan que hemos de consentir su yugo hasta el punto de tomar á la chita callanda ese rey de bastos que quiere imponernos Napoleon, mala la habrán. Pelearemos todos hasta morir por la religion y por la patria.

VECINO. Mirad lo que está sucediendo en Lérida y Manresa.

SRA. IGN. Pues ¿qué ocurre?

VECINO. ¿Qué? ¿Ignorais por ventura la gran noticia? Lérida, cansada ya de sufrir al ejército con que el general Duhesme pensaba sujetarla, se ha levantado como un solo hombre y á estas fechas la bandera de España ondea libremente en su castillo.

SRA. IGN. Y Manresa?

DIEGO. Toma! Los manresanos no saben ni han sabido jamás ser otra cosa que buenos catalanes y españoles agradecidos. Son los hijos predilectos de la Vírgen de Monserrate! Por esto resuenan tambien los ecos de sus montañas con los gritos de independencia y libertad.

SRA. IGN. Oh! Cumplen como leales.

FALUGA. Quién fuera de Manresa ó leridano!

ANDRÉS. Cierto, muy cierto es lo que has contado, José. — Segun mis noticias, Lérida y Manresa, siguiendo la voz de muchas capitales prontas á sacudir el yugo estranjero, se han puesto en armas y han

dado en Cataluña el primer ejemplo de heroismo.

VECINO. Y no será perdido este ejemplo, señor alcalde. Para las buenas causas siempre se encuentran buenos servidores.

DIEGO. Lo difícil era seguramente el primer paso; pero dado éste por dos de nuestras primeras poblaciones, por dos de las joyas mas ricas del Principado, qué ciudad, qué villa, qué casa no seguirá el entusiasta impulso de sus hermanas y dejará de ofrecer una defensa en cada muro, un baluarte en cada pecho?

SRA. IGN. Maldecido Napoleon!

ANDRÉS. Se cuenta que si procede de esta suerte con España, es para celebrar un casamiento.

FALUGA. Sí; pues está claro. Napoleon es el novio y España la novia.

SRA. IGN. Eh! Qué es eso, bachiller? Los niños se callan cuando los mayores hablan.

FALUGA. (Si yo tuviese un pelo de barba!)

DIEGO. Y de Barcelona, ¿qué noticias se han recibido?

ANDRÉS. Grandes son los esfuerzos hechos por los buenos barceloneses para rescatar su libertad; pero todo es en vano. Duhesme, el terrible general á quien ha encomendado Napoleon la tarea de esclavizarnos, tiene sobrecogida de espanto á la ciudad y ninguno se atreve á rebelarse.

DIEGO. Imposible parece que se dejara tomar plaza tan fuerte.

ANDRÉS. (*Con misterio.*) Ayer supe por el Padre Gallifa...

VECINO. Cómo! El Padre Gallifa se encuentra en Esparraguera?

ANDRÉS. Sí, amigos mios. Apenas llegó á su noticia la desastrosa muerte de su hermano Felipe, se puso en camino, abandonando el convento, y el sabio varon, prez de la patria donde vino al mundo, enjuga en la santa casa de su hermano las lágrimas de la infeliz Mercedes.

SRA. IGN. Pobre huérfana!

DIEGO. (*Señalando el balcon de la casa.*) Mirad en el balcon la señal de la muerte de un mártir de la patria y el dulce recuerdo de su tierna hija.

SRA. IGN. Se me parte el corazon!

ANDRÉS. Dejémonos de lloriqueos y vaya un padre nuestro para la salvacion de Felipe Gallifa. (*Todos se quitan las gorras; se arrodillan frente la casa y permanecen en silencio breves instantes como si estuvieran rezando.*)
Amen!

TODOS. Amen.

FALUGA. (*Con ímpetu.*) Madre, si yo fuese tan hombre como José, por Dios y mi ánima que iria á buscar en las mismas filas de su compañía al franchute que dió muerte á Felipe y...

SRA. IGN. Y qué? Concluye.

FALUGA. Y qué? — Le mataria.

SRA. IGN. Matar es pecado, bribon.

FALUGA. No lo fuera, madre, matar á ese frances!

ANDRÉS. Basta, Faluga. — Felipe fué un valiente y siempre vivirá su recuerdo entre nosotros. Aun se me figura que le estoy viendo partir de Esparraguera con su fusil al hombro, seguido de los bravos que juraron apresar el convoy enemigo.

DIEGO. Iba con ellos, segun creo, nuestro *Pau de la Laya* (1).

FALUGA. Pues ¿no habia de ir? Adonde quiera que haya leña que dar, vá Pau tan diligente como si se tratase de repartir bizcochos en la plaza.

VECINO. ¡Qué gloria para él!

ANDRÉS. Esta mañana se le ha visto al frente de su cuadrilla divagar por los montes vecinos.

FALUGA. Y antes de cinco minutos le vereis asomar la cabeza por ese estremo de la calle Mayor.

SRA. IGN. Qué sabes tú?

FALUGA. Miradle! Viva *Pau de la Laya*!

(*Aparece Pau de la Laya por el fondo, seguido de varios paisanos armados.*)

PAU. Vivan los buenos hijos de Esparraguera !

ANDRÉS. El cielo te protege. Llega á nuestros brazos , querido Pau.

ESCENA II.

Dichos, PAU DE LA LAYA, paisanos.

PAU. Salud , nobles catalanes;
gloria á la gente leal.

ANDRÉS. Dinos , Pau , ¿qué ocurre ?

VECINO. (*abrazándole.*) Habla.

SRA. IGN. ¿Los lobos tambien caerán
sobre nosotros ?

PAU. Sospecho
que nos piensan atacar.
(*Todos rodean á Pau y le escuchan con interés.*)

DIEGO. ¿España cede!

PAU. Eso no ; (*interrumpiéndole*).
toda España es un volcan.

FALUGA. ¡Ay, qué gusto, madre mia !

PAU. El frances, siempre falaz,
llevó á Francia con engaños
á la familia real :
de vélites y suizos
inundó este suelo ya ;
pero el pueblo madrileño,
que es un Cid, no aguantó mas
y se arrojó á la pelea
al grito de libertad,
matando mas mamelucos
que arenas tiene la mar.
La nueva del *dos de mayo*
corre con celeridad.
En las montañas de Asturias,
donde once siglos atrás
alzó la cruz don Pelayo
contra el pendon musulman,
se responde al grito que
de independencia se dá.
Los navarros , siempre bravos,
se aprestan á pelear.

En Murcia y Estremadura
la muchedumbre leal
quema en la hoguera la efigie
del sanguinario Murat.
Los hijos de Zaragoza,
que no se aterran jamás,
invocan la proteccion
de su Vírgen del Pilar;
la aclaman con ansia ardiente,
la nombran su general,
y en cada zaragozano
verá el frances un pilar.
Nosotros tambien seguimos
el mismo influjo, con tal
entusiasmo, que juramos
el fusil no abandonar
hasta conseguir luchando
la muerte ó la libertad.

FALUGA. De buena gana siguiera...

PAU. ¿Qué habias de hacer allá?

FALUGA. Oigan! Degollar franceses
con vosotros, voto á san!

ANDRÉS. Y ¿adónde te has dirigido
con tu gente?

PAU. Al despuntar
el dia salimos todos
de Barcelona; el afan
nos llevó donde pudiéramos
con los franchutes topar.
Cerquita de Sampedor
nos dijeron: — «ahí están.»
«Fuego!» — respondi yo al punto.
«A la carga!... Mueran yá.» —
Y sintiendo de alegría
el corazon palpitar,
cerramos con un convoy
debajo *del Monserrat.*
Plum, plurum! Descarga viene.
Plum, plurum! Descarga vá.
Se armó allí una de doscientos
mil demonios.—Qué silbar
las balas! Qué modo de ir
hombres á la eternidad!
Allí cada bravo hendia
una escopeta, un puñal,

un fusil, un palo..., armas
que sirvieron en la paz,
y al grito de ¡ viva España !
machacaba sin piedad.
Los franceses como chinches
cayendo al barranco van;
les circunvalan mis héroes
y ten de aquí, ten de allá,
no queda un cabo de escuadra
que lo pueda relatar.

ANDRÉS. Bravo, Pau!

DIEGO. Dadnos los brazos.

VECINO. Bien te portas.

PAU. Lidïar
por el rey y por la patria
es el deber principal
del ciudadano que estima
en algo su libertad.

FALUGA. Por vida de...—¿Pesan mucho
los fusiles, señor Pau?

SRA. IGN. Y que pesen ó no pesen,
¿qué te importa á tí, rapaz?

FALUGA. ¿Que no me importa?—Caramba!
Si pudiera manejar
el fusil, me iba á la guerra
y hacia una atrocidad.

PAU. Bien, Faluga.—Este muchacho
es valiente si los hay.
—Toma un arma. (*Dándole un fusil de los vecinos.*)

SRA. IGN. (*á Pau.*) Por Dios, hombre...

FALUGA. Oh! Si la puedo llevar!...
—Madre, vengan esos cinco,
que se despide Roldan.

SRA. IGN. No lo consiento, no.

FALUGA. En marcha!

SRA. IGN. Deja el fusil.

FALUGA. Quite allá.
Las cadenas del esclavo
pesan cien mil veces mas.

PAU. Yo le llevaré á mi lado.

SRA. IGN. Soy su madre.

PAU. No temais.

SRA. IGN. Dejad que vierta una lágrima...

FALUGA. Madre mia, ¿á qué llorar?

La patria tambien es madre,
y tan afligida está,
que ante sus penas, las vuestras
son de fácil consolar.

DIEGO. Yo la he dado dos pimpollos,
mi Bartolomé, mi Juan...

VECINO. Yo la regalo mis trojes,
mis bueyes y mi caudal.

UNA MUJER. Yo cuanto tengo.

OTRO VECIN. Y yo.

OTRA MUJER. Y yo.

PAU. Basta, que no puedo mas!
Que vengan esos franceses;
que vengan, sí, ¿á qué tardar?
Todo su orgullo y grandeza,
su poder y vanidad
quedarán hechos pedazos
á los piés del catalan.

ANDRES. Diz que se acercan.

PAU. Intentan
llevar su saña fatal
sobre Manresa, que altiva,
espejo de heroicidad,
rompió en la frente del déspota
la órden de capitular.
Duhesme manda una columna
hácia esa villa.

FALUGA. Ay, ay, ay,
si yo tuviera mostachos
y me viese general!
¡Qué tollina!

PAU. Partiremos
el enemigo á buscar.

TODOS. Sí.

ANDRÉS. ¿Le vísteis ya? (*á Pau.*)

PAU. Le vimos.
Se dirige al Bruch.

DIEGO. Bien va.
Cuanto mas cerca camine
mas se aproxima á su mal.

TODOS. ¡A las armas!

ANDRÉS. Poco á poco.
Antes quisiera tratar
de lo que á todos conviene
con ese varon sagaz

que la suerte nos depara.

PAU. ¿De quién hablas?

VECINO. (*Dirigiéndose á la casa de Gallifa.*)
Voy allá.

ANDRÉS. Hablo del padre Gallifa.

PAU. ¿El padre Gallifa?

ANDRÉS. Altar
de inspiracion evangélica:
patriota fiel.

PAU. No hables mas.
Si es de Barcelona el ancla,
¿qué me pretendes contar?
Hombre austero, decidido,
de corazon virginal,
ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan.
Dejadme estrechar su mano.

ANDRÉS. Hoy llora á todo llorar
la pérdida de Felipe.

PAU. ¡Pobre mártir!

DIEGO. (*Mirando á la casa.*) Sale ya.

ESCENA III.

Dichos. El P. GALLIFA. MERCEDES.

P. GALLIFA. ¡Amigos mios!

PAU. Padre Gallifa...
(*Se le acercan todos con respeto y le saludan llenos de efusion y cariño.*)

ANDRÉS. Recibid, señor, los votos de unos humildes lugareños, que no por humildes dejan de sentir la grandeza de vuestro dolor.

P. GALLIFA. ¡Ah! Gracias, señor alcalde. El golpe que acabamos de recibir es verdaderamente terrible y nos faltan ojos á mi y á esta desconsolada huérfana para llorarlo.

RA. IGN. Mercedes, no os aflijais de esta manera. Pensad que vuestro padre ha sido

galardonado por el Eterno con su celestial compañía.

MERCEDES. Lo sé, señora Ignacia. Estoy segura de ello; pero ¿qué quereis?..... ¡Era mi padre!

ANDRES. Y era nuestro amigo.

PAU. Nuestro hermano del alma!

P. GALLIFA. Pobre y nunca bien alabado Felipe!—Modelo de padres, ejemplo de ciudadanos, lanzó en aras de la patria el *ay* postrero; ese *ay* de las víctimas que resuena en España y germinará presto para la ruina del traidor.

PAU. Padre Gallifa, el pueblo de Esparraguera... ¿qué digo Esparraguera? Cataluña toda, que os acompaña en pesar tan acerbo, recoge esos suspiros de los moribundos y se dispone á vengarlos sin tardanza.

P. GALLIFA. Cúmplase la voluntad de Dios. Vuestras ardientes frases llevan á mi corazon el lenitivo.

PAU. España despierta, ansiosa de recobrar la noble independencia!

P. GALLIFA. ¿Quién podrá escuchar indiferente el clamor de la madre inmortal llamada patria?—Si yo, que soy un pobre sacerdote, me siento la sangre enardecida, el ánimo exaltado y la razon dispuesta á morir por mi rey y por mi patria, ¿qué no sentirán esos pechos que aspiran las brisas de nuestra Tebayda catalana?

ANDRES. Los aires de nuestras montañas son los aires del libre.

P. GALLIFA. Y ¿quién duda que lo sabreis justificar?—Dirigid vuestra mirada en derredor, amigos mios. Es seguro el levantamiento de todos los pueblos que no se sienten oprimidos bajo la planta del tirano. Si la Providencia nos ampara, pronto va á completarse el grandioso cuadro que ofrece al mundo una vasta y pacífica Península puesta toda en armas de repente y como por encanto; desafiando un pueblo olvidado, un pueblo

de payeses, el poder colosal que impone con su ley á las grandes naciones europeas.

PAU. ¡Oh! ¡Cuán lastimosamente les ha cegado su presuncion á los imperiales!

P. GALLIFA. El español, creedme, se presenta indomable. Conozco muy á fondo la disposicion de su ánimo. De pié, entre sus sepulcros tan sagrados y sus cunas tan amadas, entre el hogar en que amó á su padre y el altar en que adora á su Dios, espera con el arma al brazo, con el denuedo en el corazon, y con la calma de su conciencia en el rostro, que llegue el apetecido momento de la redencion. Si sucumbe en la lucha, tendido en el umbral de la casa paterna, morirá satisfecho de que su cadáver sea todavía un postrer baluarte para la patria; y sobre las ruinas amontonadas por los bárbaros, escribirá con su propia sangre derramada: *¡Viva la Independencia! ¡Atrás el estranjero!*

PAU. Padre Gallifa, la hora de la redencion es forzoso que suene sin demora. ¿Quereisme en Barcelona?

P. GALLIFA. Allí me dirijo antes de que decline el dia. La santa mision que me condujo á Esparraguera terminó y necesito reunirme con mis hermanos de cautividad.

PAU. Os seguiremos.

P. GALLIFA. No lo juzgo acertado por el presente. Mejor será que vuestras partidas sigan defendiendo los pasos de los montes.

PAU. Ocasion no pequeña se presenta de batir al enemigo en uno de esos desfiladeros.

P. GALLIFA. ¿Qué decis?

PAU. Una columna de tres mil hombres se halla marchando en direccion á Manresa, camino del Bruch.

P. GALLIFA. Y ¿pensais atacarla?

PAU. Resuelto estoy si mis patricios quieren volar al encuentro del enemigo á caer sobre él como el lobo destructor sobre un rebaño.

DIEGO. Prontos estamos á seguirte, Pau.

TODOS. ¡Sí, corramos al Bruch!

P. GALLIFA. Mi bendicion y el amor de todos los buenos llevais á la pelea.

PAU. Padre, si perezco en la lidia...

P. GALLIFA. ¿Qué es perecer? Nacerás á la vida inmortal que Dios preside!

PAU. ¡A las armas, amigos!—Corred á despediros de vuestros hijos y en breve volvereis para reunirnos en este punto.

(Vánse Pau de la Laya, sus secuaces y algunos vecinos por opuestas direcciones.)

P. GALLIFA. Y vosotros ¿cómo permaneceis indiferentes? (*A los demas.*)

SRA. IGN. Son pobres, señor. Les falta un bocado de pan que llevar á la boca.

P. GALLIFA. ¿Que os falta un bocado de pan? Oh! Esto no puede oirse. — Venid ; acercaos. Mi hermano Felipe , que de Dios goce, se ha servido dejar la mitad de sus bienes á esta querida hija que veis presente, y á los pobres del pueblo la otra mitad.

SRA. IGN. ¡Cuánta misericordia!

P. GALLIFA. Tomad , señor alcalde... A trueque del cariño que los honrados vecinos de Esparraguera profesaron á Felipe , esto les regala á los pobres desde el cielo. (*Entrega al alcalde un bolson lleno de dinero.*)

ANDRÉS. Permitid, señor , que os bese la mano.

P. GALLIFA. No agradezcais en mí una accion , de la que tan solo soy el instrumento.

ANDRÉS. Sin embargo , vuestra largueza...

P. GALLIFA. ¿No veis que á ellos la necesidad les aflige ; que con tan poco serán tantos para quienes luzca el sol de la dicha , y que de necesidad curada y alma contenta, el plantel de la virtud recibe mejora?

SRA. IGN. Pero vos...

P. GALLIFA. Yo, nada necesito ; la celda me releva de bienes mundanos ; tan solo me consagro á enriquecer el alma, y con esta limosna que hoy ejercito , tened por seguro que doblo su capital holgadamente.

MERCEDES. ¿Querrá usted, tio, concederme una gracia?

P. GALLIFA. Habla.

MERCEDES. Deseo distribuir tambien mi parte entre los pobres.

P. GALLIFA. ¿Tú? Y ¿puedes acaso disponer como yo de los bienes que tu padre te deja? No, hija mia, no. —La limosna debe hacerse de lo supérfluo; no de lo necesario. —Yo puedo, sin temor alguno, arrostrar la pobreza; tú debes conservar el caudal que hoy heredas para vivir con decoro lo primero, y para endulzar la suerte de tus hijos despues.

SRA. IGN. ¡Pues no faltaba mas!

P. GALLIFA. ¿No es cierto, hijos mios, que os sentís contentos?

FALUGA. Y mucho que lo están. Abastecidos de tal suerte, manejaremos el fusil como una pluma.

ANDRÉS. Seguidme al Consistorio y nos dispondremos para salir con el somaten de *Pau de la Laya*.. Padre Gallifa, rogad al cielo por la santa empresa. (*Vánse por distintos lados.*)

ESCENA IV.

P. GALLIFA. MERCEDES.

P. GALLIFA. Ven, nó perdamos momento.
Es necesario partir.
A Barcelona, Mercedes.

MERCEDES. (Veré á mi Massana allí.)

P. GALLIFA. El convento... mis amigos
que se aprestan á la lid,
me reclaman impacientes;
resuenan dentro de mí
sus gritos que nos concitan
á libertarnos del vil.

MERCEDES. Los deberes de hija, tio,
devotamente cumplí.
Dispuesta estoy á seguiros.

P. GALLIFA. Templa el dolor; que por fin
luce una aurora benéfica

y nos brinda el porvenir.
Tus padrinos, contadores
del ejército, que fuí
á visitar, verte ansian
entre sus brazos; feliz
doña Ramona las Casas,
cuyo esfuerzo varonil
todos admiran, de madre
hará las veces en tí.

MERCEDES. Mi buena madrina!...

P. GALLIFA. Te ama
como el pastor al redil.

MERCEDES. Y ¿el capitan?

P. GALLIFA. (*Con ansiedad.*) Al instante
que se disponga á salir
de su escondite, que parta,
que escape léjos de aquí.

MERCEDES. Aprovecho la hora.

P. GALLIFA. Solos
estamos.

MERCEDES. Siento latir
de angustia mi corazon.

P. GALLIFA. Pronto...

MERCEDES. Capitan, salid. (*Acercándose con sigilo á la puerta de la casa.)*

ESCENA V.

Dichos. PROVANA.

PROVANA. ¿Qué me quereis? — Cansados por ventura de vuestra santa obra, ¿pensais entregarme indefenso y mal herido todavía á la saña del pueblo?

P. GALLIFA. ¡Capitan! (*Dominándose.*) Señor de Provana, permaneced tranquilo.—Estais en tierra de España. — Aquí no se conocen los traidores.

MERCEDES. No, capitan. — No fué al llamaros el intento nuestro malograr en una estéril venganza los cuidados de tantos dias.

PROVANA. Sé la gratitud que os debo, hermosa jóven.

MERCEDES. Ni me hableis de gratitud tampoco, caballero. — En una noche aciaga para

vuestro escuadron llamasteis á la puerta de nuestra casa pidiendo socorro.— Teniais en el pecho una honda herida por la cual se os iba á todo correr el aliento. Mi padre, que Dios haya, os acogió en sus brazos; yo seguí su santa inspiracion y os oculté en mi albergue.

PROVANA. Mas hicisteis; fuisteis mi enfermera, curasteis mi herida, habeis velado por espacio de diez dias y diez noches á los piés de mi cama. (*Con reconocimiento.*) De mí, enemigo de vuestra patria, de mí, soldado de vuestro opresor, habeis sido el ángel tutelar, vos, española; vos, huérfana de esa cobarde usurpacion francesa.

MERCEDES. Os juro, capitan, que ni mi padre ni yo vimos en vos á un estranjero. Erais un hombre, un cristiano herido, y está dicho todo.

P. GALLIFA. El cielo premiará semejante accion por noble y elevada. (*A Mercedes.*)

PROVANA. Pues vos, respetable amigo, no teneis en ella escasa parte. Hoy al levantarme he encontrado mi morral provisto de todo, y lo mas admirable, dinero en el bolsillo.

P. GALLIFA. Esto para que aprendais á querer el busto de esos monarcas y las armas de esos reinos que pretendeis hollar.
(*Aparece Faluga por el fondo.*)

FALUGA. (Qué veo!.. Un capitan francés!.. Rayos y truenos!.. —Corro á avisar á Pau.)
(*Vase.*)

P. GALLIFA. Pero, capitan, estais
curado ya de la herida
y nuestra empresa cumplida.
Es forzoso que partais.
Cada momento que pasa
ved que arriesgais la cabeza
y nosotros la nobleza
y el honor de nuestra casa.
En vos, sano y al abrigo
del estranjero renombre,
ya no miramos al hombre,
miramos al enemigo.

Presto, abandonadnos, pues;
corred á vuestras banderas
y allí seguid las quimeras
de vuestro pecho francés.

PROVANA. No temais que lance al viento
sañudos gritos de guerra;
de hoy mas me liga á esta tierra
mi eterno agradecimiento.
Eco me haré á la verdad
de esa virtud que os halaga:
sabrán cómo aquí se paga
tributo á la humanidad;
cómo por golpes airados
se dan consuelos activos
y por monarcas cautivos
se entregan hombres curados.

P. GALLIFA. Pero añadidles tambien
que el español no se abate;
y que el dia del combate
feroz erguirá la sien.
Entonces nada de ruego;
nada de dulce sonrisa.
— Cuándo á un pueblo se le pisa
grita: *¡ fuego !* — y hará fuego.

PROVANA. Si la voz de piedad zumba
fin pondreis á los ardores.

P. GALLIFA. Las batallas con traidores
no acaban sino en la tumba.

PROVANA. La paz vendrá y el solaz
cuando sepais nuestro anhelo.

P. GALLIFA. Cuándo salgais de este suelo...
habladnos mucho de paz!

PROVANA. Padre, seré vuestro amigo;
mi presencia no os asombre.

P. GALLIFA. Curado estais; sois un hombre
que vestís traje enemigo.

PROVANA. Mercedes, alcanzad sola
su amistad para Provana.

MERCEDES. Con el herido fuí humana;
con el francés... española.
— No os conozco.

PROVANA. Me matais
con vuestro desden; yo haré
tanto, que conseguiré
el amor que me negais.

P. GALLIFA. Tal vez.
PROVANA. (En mi pecho abrigo
una pasion que me abrasa.)
P. GALLIFA. Alejaos de esta casa.
—Adios.

(*Faluga, Pau de la Laya, Diego, Andrés y vecinos armados se habrán ido acercando lentamente por el fondo sin que de ellos se apercibieran los interlocutores. Al verse de improviso descubiertos, Provana se retira á un lado y el padre Gallifa y Mercedes lo escudan valerosamente con sus cuerpos.*)

ESCENA VI.

Dichos. PAU. FALUGA. Vecinos.

FALUGA. Alto el enemigo.
PROVANA. (Perdido soy!)
TODOS. Muera!... Muera!
P. GALLIFA. ¿Qué es lo que miro?
PAU. ¡Traicion!
P. GALLIFA. Atrás, ó imprime un borron
en su faz Esparraguera.
PAU. ¿Le defendeis?
P. GALLIFA. Cayó herido.
PAU. Mejor: mi gozo es inmenso.
P. GALLIFA. Matar á un hombre indefenso
fuera hazaña de bandido.
DIEGO. ¡Qué nos detiene! Acabad
con ese perro estranjero.
P. GALLIFA. Mataréisme á mí primero,
pues soy su escudo.—Matad!
PAU. ¡Padre Gallifa!
MERCEDES. ¡Clemencia!
PAU. Nos turba vuestro rigor.
P. GALLIFA. Lo que os turba es el valor
que ya os habla á la conciencia.
PAU. ¿No veis?—Tiembla á su pesar
de la suerte que le espera.
P. GALLIFA. Dejadle vivir siquiera
para que pueda temblar.
Id, capitan. De esta suerte
nuestros brios contareis.
—Con su labio ganareis (*A los vecinos*)

mas gloria que con su muerte.
—Id. Todo el pueblo os abona
la vida por esta tierra.
Capitan, hasta la guerra.

PROVANA. ¡D. Juan!... Hasta Barcelona. (*Váse.*)

PAU. Me tomaré la revancha
apenas la lid se entable.

P. GALLIFA. Sabrás, Pau, lo formidable
que te ves, sin esta mancha.
(*Oyense cañonazos à lo lejos.*)

ANDRES. El enemigo se acerca.

P. GALLIFA. Allí está vuestro lugar. (*Váse Faluga.*)

PAU. Gracias, padre. (*Conmovido.*)

P. GALLIFA. ¿Tú? ¡Llorar!

PAU. Lloro mi malicia terca.
—Sois un ángel.

P. GALLIFA. Se me alcanza
que me agravias ya.

PAU. De sobra;
á quien bien piensa y bien obra
¿por qué prodigo alabanza?
Queredme.

P. GALLIFA. ¡Sí! No lo dudes;
el corazon, Pau, te entrego.
—Escucha, Señor, mi ruego
y premia tantas virtudes.
(*Váse, seguido de Mercedes.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos el P. GALLIFA y MERCEDES.

(*El cañon retumba cada vez mas cercano.—Todos se aprestan para la lucha.*)

PAU. Y nosotros al combate.
Todos al Bruch, compañeros.

ANDRES. ¡Tomad!... ¡Trabucos, aceros!...

DIEGO. Mi pecho de gozo late.

PAU. Gente llega.

ESCENA VIII.

Dichos, FALUGA con algunos hombres, en cuyos semblantes se pinta el alborozo.

FALUGA. Amigos mios,
trabóse al fin la batalla!
¡Victoria! Ya esa canalla
con sangre tiñe los rios.
Ya el gabacho se desgaja
cual leve rama de un tronco,
y al son de las armas, ronco
mézclase el son de la caja.
Los somatenes marciales
de Igualada y de Manresa
degüellan á toda priesa
las legiones imperiales.
De los montes por la falda
descienden de susto llenos....
—¡Y deciais que eran buenos!
¡Todos volvieron la espalda!
Basta ya.—Paraos, sí,
que el francés aquí paró
y el que por todo pasó
no pudo pasar de aquí.

PAU. Que no pase ¡vive Dios!
Si Manresa le derrota
y el de Igualada le azota,
sepulcro le falta en pos!
A las casas, compañeros,
y desde ellas á hostigalle.

(*Entran todos en las casas y asoman por ventanas y balcones en actitud de esperar al enemigo.—Siguen los cañonazos.—Disparos de fusilería á la entrada del pueblo.*)

Que queden en esta calle
ó muertos ó prisioneros!

(PAU *se coloca de pié sobre una peña, desde la cual domina la entrada.*— FALUGA *y varios* VECINOS *forman un grupo de defensores en otro sitio conveniente del teatro.—Los demás paisanos, mujeres y niños, parapetados en las casas y amenazando al enemigo desde las ventanas y azoteas.*)

—Doblegue el invasor su frente altiva

y de gloria se cubra esta montaña.
¡San Jorje y Cataluña! ¡Cierra España!
¡Viva la Independencia!

TODOS. Viva!... Viva!...

(*Aparecen las avanzadas del ejército francés. Entáblase el tiroteo con los vecinos de Esparraguera. Muchos soldados con los vestidos descompuestos y ademanes en que revelan la mayor confusion, atraviesan la calle dando los unos voces de* marchez! marchez! *y otros gritando:* teneos, mueran los españoles! *Estos les arrojan sillas, bancos, macetas, vino y aceite hirviendo Caen muertos gran número de soldados imperiales.* — Cuadro.)

CUADRO PRIMERO.

AL TOQUE DE LA ORACION.

CUADRO PRIMERO.

Una sala ricamente amueblada al gusto de la época: sobre una mesa habrá un escaparate con la Vírgen de las Mercedes.—Puertas al fondo y laterales.—Al levantarse el telon aparecerán, doña RAMONA hablando con OLEGARIO, y MERCEDES sentada bordando una bandera de paño blanco con fleco de oro, en la que se leerá esta inscripcion: «Barcelona por Fernando VII.»—Es de noche.

ESCENA I.

Doña RAMONA, MERCEDES, OLEGARIO.

D.ª RAMONA. Cumple mis órdenes. Permite la entrada á los que te presenten contraseña.

OLEGARIO. Está bien, señora. (No recela de mí.)

D.ª RAMONA. La esposa del contador del ejército español solamente está en casa para sus amigos. ¿Lo entiendes?

OLEGARIO. Vivid confiada. (*Váse Olegario por el fondo.*)

ESCENA II.

Doña RAMONA, MERCEDES.

D.ª RAMONA. Gozo me causa á fe mia
contemplar esta bandera.

MERCEDES. ¡Cuán dichoso el pueblo fuera
si la viese ondear un dia!...

D.ª RAMONA. ¡Llegará!

MERCEDES. ¡Dulce esperanza!
Madrina, ¿confiais quizá?

D.ª RAMONA. ¿Quién duda que llegará
el dia de la venganza?

Verás en breve arrojado
de España al vil opresor
y será dominador
este pueblo dominado.

MERCEDES. Remordimientos despierten
en almas tan depravadas
las huérfanas enlutadas
que amargas lágrimas vierten!

D.ª RAMONA. Sí. El grito de la conciencia
tal vez la ruina anticipe
de aquel que mató á Felipe,
mártir de la independencia;
y al sucumbir los tiranos
que hicieron tu bien fugaz,
le diré: «descansa en paz,
que te vengan tus hermanos.»
—Esas noches tristes son
la esperanza lisonjera
de Barcelona, que espera
celebrar su redencion.

MERCEDES. Léjos quizás esté el dia
que libres todos seremos.

D.ª RAMONA. La causa que defendemos
es santa, Mercedes mia.
Reparte el rico un tesoro
y á lidiar gozoso sale,
que para el catalan vale
mas la libertad que el oro.
Esta vez ya no serán
nuestras tentativas vanas
si el fuerte de Atarazanas
nos entrega el capitan.

MERCEDES. Servicio tan señalado... (*Con ironía.*)

D.ª RAMONA. Premiárselo el pueblo ansia.

MERCEDES. Cometer tal villanía
no es propio de un hombre honrado.

D.ª RAMONA. Tardan en dejarse ver
el Padre Gallifa y Juan
é impacientándose están
Navarro y Pablo Escuder.
—Que salgan de aquí ya es hora
á realizar nuestros planes
todos esos catalanes
que ayer vinieron. (*Señalando á la izquierda.*)

MERCEDES. Señora,
si mi súplica no es vana,
creo que el cielo propicio
premiará tal sacrificio.
D.ª RAMONA. ¿Qué no hará una catalana
para ser libre?
MERCEDES. El Señor
nos guie.
D.ª RAMONA. Vuelvo al instante.
MERCEDES. Id, pues.
D.ª RAMONA. Hoy será tu amante
de tu padre el vengador. (*Vase.*)

ESCENA III.

MERCEDES. Luego PROVANA.

MERCEDES. Las horas pasan, Dios mio,
y todavía no viene
á mi lado aquel que tiene
de mi pecho el señorío.
—Mas.. llamaron.—Si será?...
— Me dice el pecho que no.
¿Quién llega?
PROVANA. Mercedes, yo,
que anhelaba veros.
MERCEDES. (¡Ah!
Siempre este hombre!)
PROVANA. Placer
inesplicable á fe mia
contemplar á la que un dia
endulzó mi padecer.
Vos calmasteis mi dolor
curando en estraña tierra
las heridas de la guerra,
pero nó las del amor.
Vuestra escesiva bondad
abrió, al curarme, otra herida,
y *la mitad de mi vida*
ha herido la otra mitad.
MERCEDES. Sellad, capitan, el labio;
os lo suplico.
PROVANA. ¿Por qué?
MERCEDES. Si mas os escucho, sé

que á quien me idolatra agravio.

PROVANA. Tambien yo, hollando la ley
que acaté, ciego de amor,
me convertiré en traidor
de mi patria y de mi rey.
Por vos solo á tan inmensa
felonía descendí.

MERCEDES. Pues nunca espereis en mí
encontrar la recompensa.

PROVANA. ¡Mercedes!...

MERCEDES. Me causa horror
presumir que un militar
pueda vilmente faltar
á las leyes del honor.

PROVANA. Con una palabra sola
alivio hallarán mis penas.
Yo os amaré...

MERCEDES. Por mis venas
circula sangre española;
y si hoy el francés no viera
en mí un corazon de roble,
la que es honrada y es noble
ni noble ni honrada fuera.

PROVANA. ¡Oh!

MERCEDES. De ese empeño que fragua
la mente, desistid; pues
que os ame imposible es
como... escribir en el agua.

PROVANA. Bien! Tal decision empieza
á encender más mi deseo.

MERCEDES. Basta.

PROVANA. Ahora es cuando creo
rendir esa fortaleza.
—Noble española, que ansias
la dicha de tus hermanos;
yo, que la tengo en mis manos,
te la daré. Tantos dias
de paz, atestiguarán
el poder de tu mirada,
y entonces avergonzada
amarás al capitan.

MERCEDES. Jamás. (*Con resolucion.*)

PROVANA. (*Con ira reconcentrada.*) Si en tu corazon
un sitio á mi amor no cedes,
teme mis celos, Mercedes,

que armas de ventaja son.
MERCEDES. Sabed, pues, si en quien me adora
vengaros quizás quereis,
que vos vencido sereis,
yo seré la vencedora.
Jamás una catalana
desmintió su condicion.
—Solo tengo un corazon,
y ese lo he dado á Massana.
PROVANA. Entonces...
MERCEDES (*Con espanto.*) ¿Qué pensais?
PROVANA. (*Dominándose.*) Nada.
Vuestro amante llega.
MERCEDES. (*Con tranquilidad.*) Y ¿bien?
PROVANA. Olvidad vuestro desden
y mi pasion.
MERCEDES. (*Con desprecio.*) Olvidada.

ESCENA IV.

MASSANA. Dichos.

MASSANA. Mercedes querida...
MERCEDES. Verte
era mi mayor afan.
PROVANA. Adios... (*A Massana.*)
MASSANA. Hola, capitan.
En vos confiamos. La suerte
está echada ya.
PROVANA. Leal
cumpliré lo prometido.
MASSANA. Lo espero. (*Dándole la mano.*)
PROVANA. Ya veis que he sido
á la cita puntual.
MASSANA. Fieros engaños no roben
la paz al que en vos confia.
PROVANA. Hoy pagará el alma mia
el afecto que esta jóven
por mí mostró, cuando el pecho
herido, pronto á espirar,
como el ángel tutelar
velaba junto á mi lecho.
Su tierna solicitud
me dió la vida.

MERCEDES. Se engaña:
fué Dios.
PROVANA. Libertando á España
mostraré mi gratitud.
—Que estén dispuestos importa
sus hijos...
MASSANA. Confiad en mí.
PROVANA. Pues ¡ ay de nosotros ! si
la conspiracion aborta.
MASSANA. Aulet, Navarro y Gallifa,
prueban con su patrio ardor,
que han heredado el valor
de Guzman el de Tarifa.
Si hacen de su fuerza alarde,
capitan, esos tiranos,
verán que somos hermanos
de Daoiz y de Velarde.

ESCENA V.

Dichos. D.ª RAMONA. DIEGO. Barceloneses.

(Salen por la izquierda y se dirigen al fondo acompañados de doña Ramona.)

DIEGO. Dios os dé, doña Ramona,
muchos dias de ventura.
D.ª RAMONA. Vuestro valor asegura
la suerte de Barcelona.
(Repartiendo entre ellos monedas y cartas.)
Mucho sigilo. — Contad
con mi apoyo y decision,
que pocas las horas son
de nuestra cautividad.
Hoy que ser libres nos toca,
del vil opresor en mengua,
muda ha de ser vuestra lengua
y vuestro pecho una roca.
No destruyais nuestro plan.
Marchad: convencida estoy
que los que esclavos son hoy
libres mañana serán.
—Para que el francés se vea
sorprendido, en el castillo
de una roja llama el brillo
os llamará á la pelea.

Atentos á la señal
todos los jefes estén.
Rompa el fuego, cuando dén
las doce en la catedral.
(*Todos dan muestras de asentimiento.*)
Corred de la gloria en pos
despues de tanta fatiga.

DIEGO. Señora, el cielo os bendiga.

D.ª RAMONA. Hijos, qué os bendiga Dios.
(*Vanse por el foro. Mercedes por la derecha, llevándose la bandera.*)

ESCENA VI.

D.ª RAMONA. MASSANA. PROVANA.

D. RAMONA. Señores... (*Saludándoles.*)

PROVANA. Me place á fe
escucharos.

D.ª RAMONA. Capitan,
esos que de aquí se van
son mis hermanos.

PROVANA. Lo sé.
Y vos de entusiasmo llena,
de todos, sin escepcion,
endulzais la honda afliccion.

D.ª RAMONA. ¡Cuesta tan poco ser buena!...

PROVANA. Vos recorreis la ciudad;
los alentais...

MASSANA. No es estraño.

D.ª RAMONA. Cada suspiro es un año
menos de cautividad.
Ese interés no penseis
que lo alimento yo sola:
donde haya sangre española
mi heroismo encontrareis.

PROVANA. Vuestro afan, de todos modos
encomiarse necesita.

MASSANA. ¿Acudieron á la cita (*á doña Ramona.*)
nuestros amigos?

D.ª RAMONA. No todos.
Navarro allá dentro aguarda
con *Pau de la Laya* al cura
y un siglo se les figura

cada minuto que tarda.

PROVANA. *¿Pau de la Laya?*... Ese es
un buen catalan.

MASSANA. Tal creo.

PROVANA. Rehusó un magnífico empleo
con que le brindó el francés.
Le conozco: si repara
en mí, al instante imagino
verá que soy su vecino.

MASSANA. ¿Sí?

PROVANA. Una pared nos separa.

ESCENA VII.

Dichos, NAVARRO, PAU.

NAVARRO. *(A Pau, como terminando una conversacion.)*
Y puse una cruz de oro
en la puerta de su celda.

PAU. ¡Bravo! El pueblo de Novelda
tiene en Navarro un tesoro.

MASSANA. ¿Qué es ello?

PAU. Una buena accion
que le honra.

NAVARRO. Con lo que hice
una deuda satisfice.

D.ª RAMONA. Contadnos sin dilacion...

NAVARRO. Señora...

D. RAMONA. No ignore yo
esa accion que os engrandece.

PROVANA. Sepamos...

NAVARRO. Si no merece
referirse.

PAU. ¿Por qué no?
(Navarro se dispone á hablar: todos le atienden con interés. El padre Gollifa aparece en el fondo y escucha con atencion, sin ser visto de los demás, hasta que lo marca el diálogo.)

NAVARRO. Ya sin madre, la luz ví.
Mi padre huyó de ella en pos
cuando diez años cumplí.
A amar á Dios aprendí
y aun vivo adorando á Dios.
El siempre mi amparo fué.
Sin tener, pues, otra herencia

que la honradez, procuré
hallar trabajo y gané
tranquilo mi subsistencia.
La mas leve enfermedad
no vino á turbar mi empeño;
de manera, que á la edad
de veinte años, era dueño
de una buena cantidad.
Una vez, muerta la lumbre
solar, buscando el misterio,
guiaba con pesadumbre
al vecino cementerio
mis pasos, segun costumbre.
Cuando á las tapias llegaba
de aquella mansion querida,
hallé á un jóven que rezaba
y al mismo tiempo anhelaba
poner término á su vida.
Felizmente pude asir
su brazo y él, con dolor,
esclamó:—«deje morir
á quien no puede sufrir
una vida sin honor.»
—Mas ¿quién es?—«Soy caballero;
pero al vicio encadenado,
esta mañana he jugado
y no era mio el dinero
que por mi mal me han ganado.
De Dios el perdon ansia
mi alma.»—El nombre de Dios
resonó en el alma mia!
Díjome lo que debia
y á pagar fuimos los dos.
Puse en su mano diez mil
reales: se fué á Inglaterra.
Al ronco grito de «guerra»
con ardor tomé el fusil
por defender esta tierra.
Hoy, hace un año, la suerte
que para mí nunca es mala,
libró á este soldado fuerte
de que una pícara bala
le diese al punto la muerte.
Exánime, sin aliento,
huyendo de mí la vida,

condujéronme al momento
á un solitario convento
donde curaron mi herida.
—Una mañana, al dejar
la cama, se viene á mí
un fraile y sin vacilar
me pregunta:—«militar
¿tu nombre es Navarro?»—Sí.
—«De mi solitaria celda
Dios te ha conducido en pos!
Soy quien al nombre de Dios
diste el honor en Novelda.»
— Nos abrazamos los dos.
— Al siguiente dia , al huerto
fuí á gozar de la mañana
y dije al lego Roberto :
— ¿Por quién dobla esa campana ?
— «Por el padre Andres que ha muerto.
El, que del mundo se aparta
por ir con Dios, añadió,
al espirar me entregó
esta bolsa y esta carta.»
Leí. — « Adjuntas te mando yo
cien onzas. Deseo que
lo que me diste recobres. » —
Aquella carta guardé:
al Señor le encomendé
y dí el dinero á los pobres.
Hoy le bendicen en coro
las familias de Novelda :
yo , que á Dios cual siempre adoro,
coloqué una cruz de oro
en la puerta de su celda.
(*El padre Gallifa se adelanta al proscenio y abraza á Navarro con efusion.*)

P. GALLIFÁ. Fué el religioso mi amigo:
de mi cariño al abrigo
los ojos cerró á la luz!
Yo , que besé aquella cruz,
á quien la puso bendigo.

NAVARRO. Dadme esa mano á besar.

P GALLIFA. Del Señor la omnipotencia
nunca os ha de abandonar
si correis á pelear
al grito de independencia!

ESCENA VIII.

D.ª RAMONA, MASSANA, PROVANA, NAVARRO, PAU, P. GALLIFA

PAU. Padre Gallifa !...
P. GALLIFA. Señores,
ya ha llegado la ocasion.
MASSANA. Los catalanes esperan
romper el yugo opresor.
NAVARRO. ¿ Término feliz la empresa
tendrá ?
P. GALLIFA. Sin duda. — Aquí Pou
me escribe, participándome
que vendrá sin dilacion
á reunirse... (*Mostrando una carta.*)
PAU. Todo un pueblo
irritado, aguarda hoy
la hora de la venganza.
P. GALLIFA. Ayer se depositó
en casa Prats, del comercio.
la cantidad al señor (*Señalando á Provana.*)
prometida, y librarán
sin la menor dilacion
letras sobre Lóndres.
PROVANA. (Bien.)
Caballeros... por favor...
no me mueve el interés
á formar en el complot.
Por inclinacion lo hago
y por gratitud. (*Al P. Gallifa.*)
NAVARRO. (Estoy.)
P. GALLIFA. Setenta mil pesos fuertes
le ofrecí y se conformó
á prestarnos generoso
su ayuda.
PROVANA. Mi corazon
demostrar al punto anhela
que se entrega al español.
—El fuerte de Atarazanas
les será rendido.
P. GALLIFA. Dos
mil soldados de los nuestros
esperan al rededor
de la ciudad, que las puertas

abra el paisanaje hoy.
Muros sean nuestros pechos
de constancia y de valor
donde se estrellen las iras
del que nos esclavizó.
Mientras duerme el enemigo,
Reding, Villalba, Clarós (2)
y otros jefes esforzados
traman la conspiracion.

NAVÀRRO. La desercion se asegura
que es cada dia mayor
en las filas del frances.

MÀSSANÀ. Me consta que se trató
en casa *madame* (*) *La Ruga* (3)
esa mujer sin pudor,
cuya morada es un centro
maldito de corrupcion,
de pedir nuevos refuerzos
al gobierno superior
de Saint Cloud.

P. GALLIFA. Importa poco.
Ayer noche apareció
la escuadra bloqueadora
en nuestras aguas y son
ocho mil los catalanes
que manejan con ardor
juvenil, armas de fuego.
(*D.ª Ramona saca del pupitre varias monedas de oro y se las dá al Capitan.*)

D.ª RAMONA. A vuestra disposicion
cien pesos pongo. Entregadlos
á quien nos sirva mejor.

NAVÀRRO. (¡Vence el oro!)

PROVANA. El tiempo vuela...

P. GALLIFÀ. ¿Quién falta á la cita?

ESCENA IX.

Dichos, FALUGÀ.

FALUGA. Yo.
Aquí estamos todos.

PAU. ¡Hola!

FALUGA. Muy buenas noches, señores.

(*) Pronuncíese *madam*.

Saludo á los defensores
de la nacion española.

NAVARRO. Venga esa mano.

FALUGA. La gente
brava sabrá comprender
cuán inmenso es mi placer
al dar la mano á un valiente.
Zurrando á esa infame grey
al frente del regimiento,
fué este bizarro sargento
herido en Molins de Rey.

D.ª RAMONA. ¿Cómo sabe?...

FALUGA. El que derrama
su sangre y se sacrifica
aquí, su valor publica
la trompeta de la fama.

PROVANA. Buen patriota!

FALUGA. A nadie estraña
nuestro valor y adhesion.

P. GALLIFA. Los gritos de guerra son
los ayes que lanza España.

PROVANA. Corre el tiempo.—En casa espero
como dije ayer. (*Al P. Gallifa.*)

P. GALLIFA. Fiado
estoy, en el que me ha dado
palabra de caballero.

PROVANA. Lo soy. (*Dirigiéndose al foro.*)

NAVARRO. (*Deteniéndole.*) No quiero al que hermano
se apellida de mi gente,
caballero solamente;
le quiero tambien cristiano.
(Así la suerte aseguro
de todos.)

PROVANA. (*Con disgusto.*) ¿Qué es necesario
hacer?

NAVARRO. Ved mi escapulario.
(*Sacándole del pecho.*)
Jurad sernos fiel.

PROVANA. (*Despues de una pausa.*) Lo juro.

NAVARRO. Ahora corramos en pos
de la gloria.

FALUGA. ¡Viva España!

LU. (Si este hombre nos engaña
no tiene perdon de Dios.)

PROVANA. No dude de mi adhesion

el pueblo esclavo que llora.
— En casa espero...

P. GALLIFA. ¿ A qué hora ?

PROVANA. Al toque de la oracion.

MASSANA. Bien , capitan.

P. GALLIFA. De manera
que vos nos dareis...

PROVANA. Sí , á fé :
las armas trasportaré
á casa , en una litera ,
desde Atarazanas.

NAVARRO. Rayo
mi carabina será
que certera vengará
la sangre del Dos de Mayo.

PROVANA. Puede este chico , con otros
de mi confianza...

P. GALLIFA. Que vaya.

FALUGA. Dejar yo á *Pau de la Laya !*

PAU. En breve iremos nosotros.

FALUGA. No obstante , será mejor
para que nadie recele ,
que solito yo me cuele
en la casa del señor. (*Por Provana.*)
(No me asusta esa canalla,
pero es prudente y quizás...)

PROVANA. A las nueve esperarás...

FALUGA. Dónde ?

PROVANA. Al pié de la muralla
de Mar.—Quedad con Dios. (*Vase.*)

P. GALLIFA. Él
acompañe al capitan.

ESCENA X.

Dichos , menos PROVANA.

MASSANA. Todos esperando están
la señal.

D.ª RAMONA. Zozobra cruel !

PAU. Si Provana toma parte
en nuestra empresa, seremos
ya libres.

P. GALLIFA. Levantaremos
del polvo nuestro estandarte ;

y Dios, que el camino marca
del bien que estamos buscando,
al trono de San Fernando
volverá á nuestro monarca.
— A casa Rubí un aviso
es preciso remitir.

D.ª RAMONA. Allí podeis escribir
cuanto querais. (*Señalando á la izquierda.*)

NAVARRO. (*Entrando.*) Con permiso.

D.ª RAMONA. No es otro mi anhelo ya
que complaceros.

PAU. Señora...
(*Vánse.*)

ESCENA XI.

MERCEDES, FALUGA.

ALUGA. Mercedes encantadora...

IERCEDES. Faluga, ¿cómo te vá?

ALUGA. Bien; aguardando un mañana
mas feliz, voy recorriendo
el mundo.—Sigues queriendo
al jóven don Juan Massana?
— No te ruborices.

ERCEDES. Sí.

ALUGA. Me agrada que seas fiel,
porque sé, Mercedes, que él
tambien te idolatra á tí.
— Ayer me dijó Ginés
en la taberna del mar,
que te querian casar
con un capitan francés.

ERCEDES. Torpe mentira que enciende
mi sangre!

LUGA. Pues se asegura
que en medio la noche oscura
te visita y te pretende.
Tú sabrás si álguien frecuenta
esta casa á tales horas.
— Mas ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?
¿Es verdad lo que se cuenta?

RCEDES. No tal...

LUGA. Pues...

RCEDES. Pero presiento

que Provana es un villano.

FALUGA. ¿Cómo podrá — si es cristiano — faltar á su juramento?

MERCEDES. Mi desconfianza es mucha y redobla mi zozobra.

FALUGA. Á todos valor nos sobra para vencer en la lucha.

MERCEDES. Vigila de todos modos, desde ahora, á ese Provana. Sé el escudo de Massana.

FALUGA. Seré el escudo de todos.
— Pero las nueve á dar van
y esperarme quizás debe...
— Díles que estén á las nueve
en casa del capitan.
(*Vàse por el foro y Mercedes por la derecha.*)

ESCENA XII.

OLEGARIO. (por el foro izquierda.)

Todos acuden al grito
mágico de libertad,
á perder vidas y haciendas.
— Lo que manda el capitan
cumpliré al pié de la letra
como servidor leal.
Oro quiero. — ¡Cuán ajenos
esos valientes están
de que el francés, que no duerme,
les tiende el lazo fatal!
— Si vencieran... Si Provana,
con el afan de engañar,
á sí mismo se engañase...
Este recelo es mortal!
— Pero... ¿qué dudo? La nave
que próxima á entrar está
en el puerto, procuremos
que no llegue á zozobrar.
(*Vàse por el foro derecha.*)

ESCENA XIII.

MASSANA, MERCEDES.

(*Massana sale por la izquierda y se dirige al cuarto de la derecha.*)

MASSANA. Mercedes idolatrada,
díme: ¿qué tienes?
MERCEDES. Presumo
que huye veloz como el humo
nuestra ventura.
MASSANA. Engañada
vives.
MERCEDES. Juan, quiéralo Dios!
MASSANA. Deja esa pena que mata,
que, benigno el cielo, ata
la ventura de los dos.
Confiada vivir puedes,
que tu Juan nada recela.
MERCEDES. Por tí desde el cielo vela
la Vírgen de las Mercedes.

ESCENA XIV.

Dichos. P. GALLIFA, NAVARRO, PAU.

P. GALLIFA. Que Pau con sigilo, vaya
estas cartas á entregar. (*Dándoselas.*)
PAU. Sabrá cumplir sin tardar,
vuestra órden, *Pau de la Laya.*
(*Váse Mercedes.*)
P. GALLIFÁ. Ante todo, comprender,
caballeros, interesa,
lo arriesgado de la empresa
que vamos á acometer.
NAVARRO. Jamás contará la historia
que con valor no ha luchado
por su monarca, el soldado
del regimiento de Soria.
MASSANA. Si un suspiro el pecho arranca,
podrá robarle el dolor
la vida, mas no el valor
al hijo de Villafranca.
PAU. Mi brazo, qué fuerte empuña

el arma, jamás desmaya:
morirá *l'au de la Laya*
defendiendo á Cataluña.

P. GALLIFA. Bien, hijos! Del alma parte
un suspiro de contento.
De guerra al mágico acento,
las tropas de Bonaparte
abandonen este suelo
que tanto heroismo encierra.
¡Seamos héroes en la tierra
ó mártires en el cielo!
Al dar las doce, mis fieles
amigos sorprenderán
á los franceses, que están
tranquilos en sus cuarteles.
Despues, Provana, que anhela
que la esclavitud acabe,
nos entregará la llave
que abrirá la Ciudadela;
y la española nacion
podrá grabar en su historia
otra página de gloria
la noche de la Ascension.
La libertad recobrad
que fugitiva se oculta,
porque un pueblo se sepulta
al perder la libertad.

NAVARRO. Nuestro brazo vengador
hunda al enemigo bando!

P. GALLIFA. Si vencemos perdonando
será la gloria mayor.

PAU. Al que esclavos vino á hacer
vuestro ruego no le abona.

P. GALLIFA. El que vence y no perdona
ignora lo que es vencer.
Evitad duelos prolijos
si acaso sois vencedores,
que tambien esos traidores
tienen madres, tienen hijos.

MASSANA. Padre Gallifa! Es verdad!

P. GALLIFA. Almas de nobleza llenas,
¿por qué fabricar cadenas
si buscais la libertad?

ESCENA XV.

Dichos. OLEGARIO, doña RAMONA, luego BENITO.

OLEGARIO. (*A doña Ramona que le sale al encuentro.*) Señora, un emisario del general francés pide hablar con vos.

D.ª RAMONA. ¡Del general!—¿Qué hacer? (*á Gallifa.*)

P. GALLIFA. Dejad que pase. — (*Váse Olegario.*) Serenidad, señores.

BENITO. Perdonad, si un deber tan sagrado como sensible, me obliga á turbar la paz de vuestra morada.

D.ª RAMONA. ¿Qué exige de mí la policía?

BENITO. El valeroso caudillo que comanda las huestes francesas, necesita otro pequeño auxilio de los vecinos para atender á la subsistencia del ejército, que es decir, el órden y la tranquilidad del país.

D.ª RAMONA. Pero si el lúnes me exigisteis mil reales...

BENITO. Las necesidades de la ocupacion son escesivas. Los intereses de España claman cada dia por nuevos desembolsos.

D.ª RAMONA. Acabemos.—¿Cuánto me exigís hoy?

BENITO. Vedlo. (*Mostrando un papel.*) Lo que á todos los vecinos opulentos. Una cuota de trescientos duros.

D.ª RAMONA. Me es imposible de todo punto aprontar esta suma...

BENITO. Y á pesar de ello, la órden es terminante. De lo contrario, tendré que embargaros los bienes, ya que no conduciros con los morosos á la Ciudadela.

D.ª RAMONA. (¡Fuerzas, Dios mio!) — Tomad: (*sacando del pupitre varias monedas.*) saciad vuestra sed de oro. Aquí teneis todo cuanto poseo.

BENITO. No está cabal la suma.—Falta dinero.

P. GALLIFA. (¡Misericordia!)

D.ª RAMONA. Sois instrumento digno de los amos á quienes servís!—Decid al general que

me conceda el tiempo indispensable para buscar esa cantidad. — Empeñaré mis joyas!...

BENITO. Yo, en nombre del general, os doy las gracias.

D.ª RAMONA. Su estimacion... *(con ironía.)*

BENITO. Es el símbolo de la suprema majestad que hoy preside los destinos de la España. —(¡Conspiran!... ¡No cabe duda!) *(Váse.)*

NAVARRO. ¡Infame!...

ESCENA XVI.

Dichos, menos BENITO, luego MERCEDES.

P. GALLIFA. ¡Nuevo tributo!

PAU. *(Con indignacion.)* Están llenas
sus arcas.

NAVARRO. Oro amontona
con sangre de nuestras venas.

P. GALLIFA. Hoy romperá Barcelona
tan ominosas cadenas.
A vencer apresuraos;
que, en precipitada fuga,
abandonen ese caos
donde es la reina *La Ruga*
de crápulas y saráos.
(Aparece Mercedes con la bandera en la mano. El P. Gallifa la toma y todos le rodean con mucho entusiasmo.)
Este es el emblema santo
que en el templo de María,
regado con nuestro llanto
ondeará, cuando el espanto
aleje á esa chusma impía.
Si el usurpador se asombra
al realizarse los planes
del que *Dios* y *Patria* nombra,
preste esta bandera sombra
á los bravos catalanes.
Huya el águila imperial
que nos arrebata el bien!
De redencion la señal
será, cuando oigais que den

las doce en la catedral.
Si estas cadenas que infaman,
no quedancon sangre rotas,
digan los que la derraman:
—Triunfos son nuestras derrotas
que á la victoria nos llaman.
Partamos.—Mis voces son
de un gran pueblo los clamores!

D.ª RAMONA. ¡Valor!

MASSANÁ. ¡Mercedes, no llores!

(Se disponen á partir: óyese el toque de oracion: todos se descubren.)

P. GALLIFA. ¡Caballeros, la oracion!

(Pausa.)

TODOS. —Mártires ó vencedores!

Vánse por el foro.—Mercedes y doña Ramona se arrodillan ante la imágen de la Virgen y cae el telon.

CUADRO SEGUNDO.

LAZO Y FUGA.



CUADRO SEGUNDO.

—

Despacho del capitan Provana en la calle *den Guardia.* Mesa escritorio: una caja grande forrada de hierro en la pared de la derecha. Puertas con pasadores en su parte interior, una en el fondo, abierta hasta su tiempo: otra, á la izquierda, que deberá estar entornada.—Noche.

ESCENA I.

PROVANA, luego GADDI y BENITO.

PROVANA. Me ha parecido oir el toque de oracion y todavía no asoman por mi casa Gaddi ó el General. Comienza á inquietarme su demora. Si vinieran antes los sediciosos; si el padre Gallifa, dejándose llevar de su espíritu decidido, precipitara la hora de acudir á buscar las armas que les tengo ofrecidas, mi propósito de perderles quedaría frustrado.—Por fin oigo pasos. Llaman á esta puerta. Es Gaddi. (*Abre la puerta izquierda y aparecen Gaddi y Benito.*)

GADDI. Salud, capitan.

PROVANA. Buenas noches, caballero oficial. ¿Habeis visto á Duhesme?

GADDI. Sí.

PROVANA. ¿Queda enterado de la conspiracion que se está fraguando y que debe estallar esta noche á las doce?

GADDI. Le he comunicado vuestra confidencia.

PROVANA. ¿Y bien?

GADDI. El General estima en lo mucho que vale el eminente servicio que acabais de prestar á las armas francesas y á la gloria del emperador. Las tropas velarán en sus cuarteles; la policía ejercerá una es-

trecha vigilancia durante la noche, y el mismo Duhesme pasará á veros para escuchar de vuestros labios el complemento de la delacion.

PROVANA. Pero los socorros que le he pedido...

GADDI. Me dijisteis, capitan, que los caudillos del motin, y entre ellos el padre Gallifa, vendrian esta noche aquí para proveerse de ciertas armas que les habeis prometido; pues bien, para su captura el General me ha encargado poner á vuestras órdenes una respetable cuarta de granaderos.

PROVANA. Que me place!

GADDI. Salid conmigo y me indicareis el lugar donde creais oportuno ocultarlos.

PROVANA. ¿Se encuentran ya en la calle?

GADDI. Irán llegando por pelotones á fin de no infundir sospechas á los vecinos.

PROVANA. Salgamos pues. Preparemos la red donde deben ser cogidos esos contumaces enemigos de la Francia.

GADDI. Aquí teneis á un agente de policía que me acompaña tambien para someterse á vuestras órdenes.

PROVANA. Permaneced aquí hasta que el general en jefe dispusiere de vos.

BENITO. (No deseaba otra cosa.)—Está bien.

GADDI. Pronto vendrá á honraros con su visita.

PROVANA. La espero impaciente. (*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA II.

BENITO.

Con esa tropa aguerrida
no hay recurso, no. Los planes
de los pobres catalanes
andan de capa caida.
Hoy otra vez de jarana;
otro motin que apagar.
Qué bien hice en preparar
las horcas para mañana.
Si mal los franceses obran

al fin su codicia apagan.
Los unos callan y pagan,
los otros gritan... y cobran.
Lástima que este caudal
(*Señalando la caja.*)
que tantos sudores cuesta,
lo derroche en una fiesta
la amante del General.
¡*Madame la Ruga*! Esa es
la que tesoros absorve,
en tanto que tiembla el orbe
bajo el dominio francés!

ESCENA III.

BENITO, OLEGARIO.

BENITO. ¿Tú á estas horas por aquí,
renegado?
OLEGARIO. (*Saliendo por el fondo.*) ¿Qué te estraña?
BENITO. A fe mia tiene España
un fiel servidor en tí.
OLEGARIO. ¿Y el capitan?
BENITO. —Ha salido;
mas presto...
OLEGARIO. ¿Qué novedad?
BENITO. Dícese que en la ciudad
se prepara otro estallido.
OLEGARIO. ¡Gran noticia!
BENITO. ¿Lo sabias
acaso ?
OLEGARIO. ¿Yo?... Por supuesto.
BENITO. ¿Es de veras?
OLEGARIO. Si ando en esto
con el capitan há dias.
Yo serví á doña Ramona
por complacer á Provana,
mas cada dia se gana
peor el pan en Barcelona. (*Pausa.*)
Hoy, si tú quieres, nos vamos
á llenar de oro.
BENITO. ¿Qué dices?
OLEGARIO. Podemos vivir felices.
BENITO. ¿De qué manera? Sepamos.
Esto ya pica en historia.

OLEGARIO. ¡Qué desmemoriado eres!
—¿No recuerdas?...
BENITO. No; qué quieres...
Es tan infiel mi memoria...
OLEGARIO. El que sacar fruto intente
de la ocasion, es razon
que no pierda la ocasion
cuando ésta se le presente.
BENITO. ¡Ah! Ya caigo.—Pero... ¿cuándo
y cómo piensas hacer?...
OLEGARIO. Cuando tú has venido á ver
á la viuda, conspirando
estaban...
BENITO. Lo presumí.
OLEGARIO. Pero burlando su afan,
á todos el capitan
los prenderá en breve aquí.
BENITO. ¿Y bien?
OLEGARIO. ¡Qué poco trabaja
tu imaginacion!
BENITO. (*Adivinando.*) Ya... ¡vamos!
OLEGARIO. Nosotros descerrajamos,
sin perder tiempo, la caja.
(*Bajando la voz.*)
BENITO. En ello la vida espones.
OLEGARIO. No; como todos serán
aquí presos, creerán
que son ellos los ladrones.
Si mueren porque están llenos
sus pechos de patrio ardor,
¿qué importa que mueran por
un delito mas ó menos?
Vendrán los conspiradores...
De su pellejo al abrigo...
—A rio revuelto, amigo,
ganancia de pescadores.
BENITO. Es verdad. (*Indeciso.*)
OLEGARIO. Valor recobra
si deseas la riqueza.
—Traigo herramientas.
(*Mostrando un escoplo y un martillo.*
BENITO. Empieza.
OLEGARIO. Vela. (*Benito se dirige al foro y Olegari*
á la caja.)
BENITO. Manos á la obra.

—¡Detente, que vienen!

OLEGARIO. (*Ocultando las herramientas.*) ¡Oh!

BENITO. Lástima!

OLEGARIO. ¡Suerte infernal! (*Los dos se retiran al foro.*)

ESCENA IV.

Dichos, DUHESME, PROVANA, GADDI.

PROVANA. Depositad, general, (*Saliendo por la izq.ª*)
la confianza en mí.

DUHESME. Sí; yo
no he dudado un solo instante
de vuestra adhesion, Provana.
Haré presente mañana
lo que vale mi ayudante.
Aunque las noticias esas
sobrado alarmantes son,
calmarán la insurreccion
las bayonetas francesas.
Comunicad á Chabran,
porque saberlo le importa,
que, gracias á vos, aborta
tan maquiavélico plan.
(*Provana escribe.*)
Decid que esa inicua grey
en medio la noche oscura,
con viles planes procura
destronar á nuestro rey;
conspiraciones fatales
que sabrá imprimir la historia
algun dia, para gloria
de las armas imperiales.

PROVANA. Para que les fuera fiel
me prometieron ¡á mí!
setenta mil duros y
el grado de coronel.

DUHESME. Á admitir os preparad
del soberano una muestra
de gratitud, por vüestra
acrisolada lealtad.

GADDI. Querer contra nuestra tropa
atentar sin ley ni fueros!

DUHESME. ¡Quién vencerá á los guerreros

terror de toda la Europa !!

PROVANA. (*Cerrando el pliego y entregándolo á Benito.*)
Tomad, sin perder momento
al jefe del cuerpo.

BENITO. (*Tomándolo.*) Bien.

DUHESME. Que se esconda ya el reten
dentro el portal. (*Vase Benito.*)

OLEGARIO. (¡ Cuánto siento
no poder...!)

DUHESME. (*A Provana.*) Estais seguro
de que vendrán ?

PROVANA. Los primeros.

DUHESME. Pues sean mis granaderos
de los rebeldes el muro.
Segun el odio que siento,
mi piedad les abandona.
He de hacer en Barcelona
un saludable escarmiento.
— Gallifa , más que los otros
se ha de acordar de mi nombre,
pues mientras viva ese hombre
no habrá paz para nosotros.
De él respondeis , ¡ voto á san !
con vuestra propia cabeza,
que su ardor y su entereza
me exasperan , capitan.
Contra nosotros acosa
á ese pueblo malhadado
y mil veces se ha escapado
de mi garra cautelosa ;
siempre fingiendo esa uncion
que le proclama inocente
y siempre marchando al frente
de cualquiera sedicion.

GADDI. No se esplica que sin bienes
goce de tanta influencia.

DUHESME. Más me ofende su elocuencia
que los mismos somatenes.
Preso Gallifa...

PROVANA. En mi casa
le espero ; vive engañado
y al fin le habreis sujetado
á vuestro poder sin tasa.

DUHESME. Soberbio ! Muerdan la tierra
los que conspiran, Provana.

Citad vos para mañana (*A Gaddi.*)
nuevo consejo de guerra.

GADDI. Bien, general. (*Vase Gaddi por la izq.ª*)

DUHESME. Esa grey
sabrá que ninguno humilla
al que esgrime la cuchilla
sacrosanta de la ley.
— A esos hombres capturad
y el pueblo vivirá quedo.
Descanso en vuestro denuedo.

PROVANA. Sí, general, descansad.

DUHESME. Gossens, el gobernador
de Barcelona, me aguarda
y si mucho á verme tarda
será el peligro mayor.

PROVANA. Mi brazo y mi espada...

DUHESME. (*Por Olegario.*) ¿Es
ese jóven que está ahí
confidente vuestro?

PROVANA. Sí.
Aunque español, al francés
adicto con alma y vida.

DUHESME. Bien, mancebo, bien. Premiad
su adhesion.

PROVANA. A la verdad
será paga merecida.

DUHESME. Que se distribuya quiero
el dinero con afan,
pues nuestras arcas están
henchidas hoy de dinero.
El oro, Provana, sé
que á los rebeldes subyuga.
— Adios. En casa *la Ruga*
esta noche esperaré
que á darme cuenta vengais
de la prision de esa gente.

ROVANA. Acudiré diligente
general, como mandais.
—Os acompaño hasta el coche.
(*Tomando uno de los dos candeleros que alumbran la escena.*)

UHESME. Que no os hagais desëar.

ROVANA. En breve iré á disfrutar
de la fiesta de esta noche.
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V.

OLEGARIO. Luego BENITO.

OLEGARIO. Se alejan. Hé aquí una escelente ocasion de enriquecernos que se nos escapa de las manos.
(*Viendo aparecer á Benito por el fondo.*)
¡Ah, Benito!

BENITO. Aquí estoy.—Apresurémonos á sacar del arca los caudales.

OLEGARIO. El capitan vuelve en seguida. ¿Qué vamos á hacer?

BENITO. Se trata de jugar el todo por el todo.

OLEGARIO. Venga el escoplo.

BENITO. Toma.

OLEGARIO. Un momento: podrias perderme, y no fuera justo que por descargar tu conciencia, me viese yo perneando sobre el patíbulo de la Esplanada.

BENITO. ¿Sospechas de mí?

OLEGARIO. Comun será el provecho qne nos sobrevenga; comun sea la responsabilidad que corramos.

BENITO. Habla; ¿qué pretendes?

OLEGARIO. Cuando le entregan dinero al capitan, suele firmar un recibo al portador. — Suscríbeme un resguardo de la participacion que esperas en el asunto.

BENITO. Aceptado. — ¿Pero tú corresponderás á mi confianza con igual garantía?

OLEGARIO. Convenido. — Mano á la caja.

BENITO. Por Dios, que temo la vuelta de Provana.

OLEGARIO. Tiempo sobra.—Tiene que despedirse del general y dictar algunas disposiciones de interés.

BENITO. Pronto!... El martillo!

OLEGARIO. No, polizonte, no. — Primero el recibo Toma: mira si te satisfacen los términos
(*Sacando dos papeles de igual tamaño y mostrándoselos.*)

BENITO. Pues no? — Firmo y al avío. — El otro ejemplar...

OLEGARIO. Míralo. — Pongo tambien mi garabato y Cristo con todos.

BENITO. Venga el tuyo.

OLEGARIO. Dame acá ese. (*Se los entregan á un tiempo.*) — Ahora... á nuestro negocio.

BENITO. (*Dándole el martillo.*) El martillo.

(*Dirígense á la caja y despues de algunos esfuerzos violentan la cerradura.*)

Aprieta!

OLEGARIO. Cede el resorte ya.

BENITO. (*Forcejeando.*) ¡Con alma! (*Se abre la caja.*) Somos felices!

OLEGARIO. ¡Buen tesoro contiene la gabeta!

BENITO. Vales... Papel moneda...

OLEGARIO. Aprisa! — (Sudó de angustia!)

BENITO. Oigo pasos. — El capitan se acerca.

OLEGARIO. Pronto, pronto! — Saldremos por la puerta principal.

BENITO. Yo hago presa de este manojo. (*Tomando un paquete de billetes.*)

OLEGARIO. (*Apoderándose de otros paquetes.*) Venga! A los bolsillos.

BENITO. Aprisa!... Por favor... y sálvese el que pueda!

OLEGARIO. Creo que tengo lo bastante para asegurar mi porvenir. — Huyamos!

(*Vanse apresuradamente por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

PROVANA.

(*Entrando pausadamente.*)
Los celos que el alma siente
sacien su venganza hoy!...
— Quisiera no ser quien soy
por no vender á esa gente.
Pero si sensible fuera
á las leyes del honor,
de no haber sido un traidor
mañana me arrepintiera.

ESCENA VII.

Dicho, FALUGA.

FALUGA. (*Desde el fondo, llevando en el hombro varias carabinas envueltas en un saco.*)
¿Dais permiso, capitan?
PROVANA. ¡Hola! Adelante, muchacho.
(¡Trae las armas!)
FALUGA. (*Entrando.*) Buenas noches.
Aquí viene el contrabando.
PROVANA. ¡Cómo sudas!
FALUGA. No es de miedo.
Es de la prisa que traigo!
¡Voto á cribas!! ¡Qué miradas
me dieron vuestros soldados!
En especial el sargento.
Cara fosca; bigotazos
de lebrel; frente partida;
una nariz de dos palmos.
PROVANA. Será Platt.
FALUGA. Plato ó sopera,
no me dejaba de mano.
«¿Qué haces ahí?» — Nada; espero
un bulto. — «¿Bulto?» — Un encargo
para el capitan Provana.
«Pues... quieto!» — Si estoy parado.
— «No mires á los cañones.»
— Como resplandecen tanto!...
— «Soy capaz de echarte en uno
y sales con el disparo.»
Aprieta. — «¿De qué te ries?»
— Si yo no me rio. — El vándalo
iba á darme un puntapié.
Tomo las armas; escapo
como un cohete y se queda
con la pierna por los altos.
PROVANA. (El chiquillo es pizpireto.)
¿Y la litera?
FALUGA. Está abajo.
Cuánta herramienta! Qué zambra
al empuñarlas las manos!
PROVANA. ¿Viste si en Atarazanas
los oficiales mandaron

doblar las rondas de vélites
por prevencion?..

FALUGA. Ni pensarlo.
Siempre el sargento á la vista;
siempre el dogo á mi costado.
Si aquí dentro los franceses
sois — perdonad — tan tiranos,
¿qué no sereis en los fuertes
que á la ciudad dan espanto?

PROVANA. ¿Estimas mucho á tu patria?

FALUGA. ¿Qué decís? Si estoy que rabio
por verla libre.

PROVANA. Mas ¿cómo?...

FALUGA. ¿Quereis que os lo diga claro?
Contáronme que vosotros
os propusisteis ser amos
del mundo; poner librea
á todo el género humano;
esos tambores de pelo
en la cabeza y andando.
Supe que muchos países
os recibieron callados.
Buen provecho! Cada *quidam*
hace de su capa un sayo.
Pero apenas me dijeron
que os dignabais acordaros
de nosotros y veniais
tambien á meternos mano,
me hirvió la sangre, sentí
algo en las mejillas, *algo*
como si un chico me hubiese
villanamente pegado,
y dije: de igual á igual,
ó me estrujan ó les chafo.
Soy un niño, lo conozco;
puedo haceros poco daño,
pero cuentan de una hormiga
que llegó á tumbar un álamo.

PROVANA. (Venid á conquistar pueblos
con semejante entusiasmo.)

FALUGA. Y contad, señor Provana,
que en el afan que os relato,
no pretendo ser el único.
Apenas habla un muchacho
de mi lugar, ya le enseñan

á maldeciros gallardo,
y tan de veras lo aprende,
siente qué os detesta tanto,
que para quitarle el pecho
le habla su madre en gabacho.

PROVANA. Basta, *brigant.*

FALUGA. Acudid
á Esparraguera; hablan claro.

PROVANA. (Me asombra tamaño encono
y mi odio aumenta por grados.)

FALUGA. (Este hombre será muy bueno,
pero su gesto es muy malo.)

PROVANA. Acércate; beberás
una copa. (*Señalando una botella de licor que estará sobre la mesa.*)

FALUGA. Me hacen daño
las copas.

PROVANA. Ven.

FALUGA. *Vade retro!*
(Algun jarope endiablado;
de fijo que en las botellas
meten culebras y sapos.)

PROVANA. Quiero que pruebes...

FALUGA. Repito...

PROVANA. Es *cognac.*

FALUGA. ¡Nombre mas raro!...
Yo bebiera malvasía
de *Silges* ó *Priorato*,
que están benditos de Dios
y son puros como el campo.

PROVANA. Me ofendes.

FALUGA. No quiero drogas
de las vuestras.

PROVANA. En mi vaso...

FALUGA. Quitad; yo bebo en porron.
Dedales... para bordados.

PROVANA. (Qué tenaz!) — Las nueve y media.
Ya me impacienta el retardo
de tus amos.

FALUGA. Mis amigos;
aqui no tenemos amos.

PROVANA. Eres terrible.

FALUGA. En la calle
voy á salirles al paso.

PROVANA. Vé con Dios.

FALUGA. No olvidaré
lo mucho que os adeudamos.

PROVANA. Meditalo y no reniegues
de los franceses.

FALUGA. (Es malo !)
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA VIII.

PROVANA.

Confia, jóven. — Confiad,
barceloneses incautos !
Las maquinaciones sordas,
los ardides temerarios
se trocarán muy en breve
en horribles desengaños.
—Ya se acercan. En la trampa
vienen á hundirse. ¡ Insensatos !

ESCENA IX.

PROVANA, P. GALLIFA, MASSANA.

PROVANA. Por aquí, caballeros. — Voy á alumbraros.

P. GALLIFA. Buenas noches, capitan.

MASSANA. Guárdeos el cielo.

PROVANA. Mi complacencia, al recibiros en mi casa, se escede á sí propia. ¿Vuestros compañeros, Navarro, Aulet y Pou, no os acompañan ?... Me doleria, don Juan, de su abandono.

P. GALLIFA. No faltarán, Provana, á vuestra cita. — Aulet se ha hecho ya cargo de la litera que dejasteis abajo prevenida y ha partido con ella, para distribuir las armas entre los valientes muchachos que se hallan escondidos en casa *Rubí*.

PROVANA. ¿Y Pou ?... El pobre viejo no podrá soportar el peso de sus achaques...

MASSANA. Si le conocierais, capitan, no supondriais esto de aquel ilustre doctor. — Dentro su cuerpo, que los años y las fatigas acabaron, hierve un alma de jó-

ven, un corazon vírgen, capaz de las mayores empresas.

P. GALLIFA. Asombraos, señores. — Acabo de ver á ese anciano cura sexagenario, animando con la elocuencia de su palabra, con el aliento juvenil de su pecho altivo, á los defensores que el marqués de Vilana tiene escondidos en su palacio.

PROVANA. ¿Será posible?

P. GALLIFA. Como lo oís, capitan.

PROVANA. ¿Y el pueblo?

P. GALLIFA. Decidido. A media noche se erguirá como la pantera que ansía romper los hierros de su jaula para respirar los aires del desierto.

MASSANA. ¡Qué vida se advierte, qué vida en todos los ángulos de la ciudad!

P. GALLIFA. Merced á la actividad de sagaces compañeros mios, nadie ignora ya en ella que hoy, á las doce, debe estallar la apetecida rebelion. — Se trabaja sin tregua en todas partes; se renuncia á la comida; se ahuyenta el sueño: rezan las mujeres por la santa empresa; en portales, caballerizas y almacenes hay cuadrillas animadas por unánime sentimiento: la aurora que mañana alboree, sea el nuncio feliz de nuestra libertad; el sol que mañana resplandezca, alumbre la emancipacion de Barcelona!

PROVANA. Hablad mas bajo.—La menor imprudencia pudiera comprometernos.

(*Provana cierra la puerta de la izquierda.*)

P. GALLIFA. No me acobarda nuestro peligro, capitan, sino el vuestro.

PROVÁNA. ¿El mio, Padre?... Mi conciencia se encuentra muy tranquila. ¡Qué mayor hazaña que la de salvar á un monarca del oprobio y á un pueblo de la tiranía! ¡No temais por mí!

P. GALLIFA. Sin embargo, vuestra fama corre otros azares que la nuestra. Y á la verdad os digo, que antes que os ligueis mas estrechamente á nuestra suerte, pensad bien si os importa abandonarla.

MASSANA. Pensadlo, Provana. Nosotros somos españoles.

PROVANA. Estais hiriendo, señores, mi amor propio.—Léjos de desandar lo andado, deseo, quiero, ansio llegar hasta el fin!... Vosotros sois españoles, yo italiano; y ¿qué italiano puede sostener sin menoscabo en su honor nacional, la guerra injusta y sacrílega, que el moderno Atila hace á la España y á sus preclaros hijos? La Italia, esa hermosa hermana de vuestra nacion, ¿qué interés puede tener en derramar su sangre por la loca ambicion de un aventurero que despues de haberla saqueado toda, la tiene uncida al carro de su despotismo? Por la patria, por la opresion y por el luto se halla vuestra suerte encadenada á la mia.

P. GALLIFA. Nos llenais, amigo, de la mas viva satisfaccion. Dadme esa mano.

MASSANA. ¡Hola!—Oigo la voz de nuestro sargento.—Por aquí, señor veterano.—Os espera la gente.

ESCENA X.

Dichos, NAVARRO.

NAVARRO. (*Por el fondo.*) Y por San Andrés Avelino, mi abogado, que no acostumbro á hacer esperar. Vengo rendido.

PROVANA. Sentaos.

NAVARRO. Lo acepto, capitan... salva la ordenanza.

P. GALLIFA. Dadnos cuenta de vuestros pasos. ¿Qué habeis visto con Pau?

NAVARRO. Tantas cosas, don Juan, tantas cosas que se me escapan de la memoria para referirlas.

MASSANA. Presagios de libertad son vuestras frases.

P. GALLIFA. Con que vuestros amigos...

NAVARRO. —Oidme.—Conoced toda la magnitud de lo que pasa.—Al dejar la habitacion de doña Ramona de las Casas, nos diri-

gimos con Pau al campo; y en él, debajo de las matas, á la sombra de las rocas, acechando como serpientes, topamos con los somatenes de la montaña y los migueletes de San Pedro Mártir.—¡Qué galanura de muchachos!—¡Qué sagacidad, qué bizarría de campeones y qué decision! —¡Vendrán! —Son los descendientes de los almogávares! Lucen en sus frentes los gorros catalanes que coronaron altivos las crestas del Bruch!—Quedaron agazapados en la sombra, esperando la señal.—Volvimos por la Puerta de San Antonio, y contemplamos en catorce puestos distintos los puñados de bravos que al toque de esterminio, se arrojarán sobre la guardia, derribarán las puertas con sus hachas y franquearán el paso á los somatenes del esterior.

MASSANA. ¡Bien por mi vida!

P. GALLIFA. ¡Loado sea Dios! Este abrazo de los hermanos redimidos y sus salvadores, nos indemniza de tantas amarguras!

PROVANA. La sangre ha de correr...

P. GALLIFA. La restañarán los ciudadanos. En casa Foixar, frente la pirámide del Padró se ha establecido un hospital de sangre, que la piedad de los vecinos inunda de vendas, hilas y aparatos de curacion.

NAVARRO. Igual á este, los he visto preparados en San Cayetano, la Merced y el Borne.

P. GALLIFA. Con qué tacto acude á todo la prevision del pueblo!—Las víctimas de la opresion, se ha dicho, morirán matando, y junto á los hospitales, funcionan sin paz ni tregua, verdaderos parques de artillería.

MASSANA. ¡Cuánto entusiasmo!

P. GALLIFA. A media noche oireis las campanas de la Seo.

MASSANA. ¿Tocarán á rebato?

P. GALLIFA. Las primeras.—Hoy su enmudecimiento cesará!— El arquitecto Mestres coloca con atrevida mano los badajos que descolgaron un dia los franceses, y á pesar de la vigilancia, hija del miedo, que ejer-

cen las tropas acuarteladas en el templo, sonarán... sonarán esos bronces llevando la consternacion al seno del culpable y el clamoreo de la dicha al ánimo del justo.

PROVANA. ¡Tocareis las campanas! (*Con terror.*)

P. GALLIFA. Serenaos.—No vendrán á sorprenderos á vos, esas lenguas de metal, delatores implacables de la perfidia.

NAVARRO. Acabemos.

MASSANA. Nosotros ahora.

NAVARRO. Capitan Provana, nuestras armas.

PROVANA. Aquí las teneis. (*Van á cogerlas, pero Provana les detiene.*) Un momento, señores. —Antes que partais deseo serviros un ligero agasajo.

P. GALLIFA. Dejad los cumplidos á un lado, capitan. —Las diez van á caer, y antes del toque de rebato nos urge dar cumplimiento á otras atenciones.

PROVANA. Sois mis huéspedes.—Necesito corresponder á vuestra amistad y espero que acepteis la fineza que os tengo preparada. (Cayeron en el lazo.) (*Váse por el fondo.*)

ESCENA XI.

Dichos, menos PROVANA.

P. GALLIFA. ¿Dudareis todavía de ese hombre?

NAVARRO. Más le quisiera soldado de Bailen que de Marengo.

P. GALLIFA. Siempre receloso.

NAVARRO. Y no sin motivo.—Al entrar, será tal vez aprension mia, pero me pareció ver brillar bayonetas en el interior de la escalera.

P. GALLIFA. ¿Qué estais diciendo?

NAVARRO. Y por Dios, que si contra nosotros se asestaran, caras teníamos que vender las existencias.

MASSANA. Silencio. Escucho pasos precipitados.....

NAVARRO. ¡Voto á mil bombas!

P. GALLIFA. Deteneos.
NAVARRO. ¿Quién vá allá?
PAU. (*Dentro.*) ¡Padre Gallifa!

ESCENA XII.

Dichos, PAU DE LA LAYA.

PAU. Todos aquí! Ira del cielo!
P. GALLIFA. Pues ¿qué es lo que ocurre, Pau?
PAU. Que nos venden!
MASSANA. ¿Será cierto!
NAVARRO. ¿Quién?
P. GALLIFA. Habla.
PAU. ¡Ese capitan,
que Dios confunda!
P. GALLIFA. Hace poco
que juró sernos leal
y fué testigo el Señor
de su juramento.
PAU. ¡Bah!
El estranjero mil veces
al dia suele jurar
y quebranta el juramento
con mucha facilidad.
P. GALLIFA. ¡Y son cristianos!
MASSANA. ¿Qué hacemos!
NAVARRO. ¿Qué hemos de hacer? Pelear
contra esos perros judíos,
aborto de Satanás!
PAU. ¡Aquí hay armas!
P. GALLIFA. Compañeros,
defended la libertad
y como buenos muramos.
PAU. Al lado mi casa está. (*Señalando á la derecha.*)
Salgamos de aquí al instante
bien á bien ó mal á mal.
MASSANA. Y ¿si hallamos resistencia?
NAVARRO. Morir.
P. GALLIFA. Dios nos salvará!
NAVARRO. ¿Quién de un chiquillo se fia
jamás en empresa tal?
Al acudir á la cita
habrá hablado...

P. GALLIFA. Militar,
no ultrajeis al que tal vez
velando por vos está.

MASSANA. Fué una imprudencia.

P. GALLIFA. No, á fé.
Conozco bien al rapaz.

PAU. Silencio, señores. (*Prestando atencion.*)

NAVARRO. Suben
soldados franceses.

MASSANA. ¡Ah!

PAU. Valor, y si perecemos,
mañana nos vengarán.

P. GALLIFA. Dejad que salga el primero
y acaso consiga...
(*Se dirige al fondo y un soldado francés le detiene.*)

PROVANA. ¡Atrás!

GADDI. (*Desde dentro.*) Cerrad esa puerta. (*El soldado obedece.*)

P. GALLIFA. ¡Oh!

NAVARRO. Por este lado cerrad
y á las armas!

MASSANA. (*Cogiendo una espada.*) ¡Dadme!

PAU. ¡Dadme!

P. GALLIFA. (*Corre los cerrojos de ambas puertas.*)
Así muere el catalan!...
Peleando por su patria,
su Dios y su libertad.

NAVARRO. ¡Fuego del cielo! Previsto
(*Mirando las carabinas.*)
lo tenia todo ya
nuestro Judas Iscariote.
Las carabinas están
inutilizadas!...

MASSANA. Estas
espadas sin hoja!...

PAU. Van
á prendernos indefensos!

P. GALLIFA. ¡Indefensos! No; no tal.
La fiera, al dejar la cárcel
en que aprisionada está,
es invencible —Esas puertas
(*Con exaltacion.*)
tienen la muerte detrás.
¡Ay, del cazador cobarde,

si se abren de par en par !!
—Dios nuestra mente ilumine !

PAU. ¡Se alejan ! (*Aplicando el oido á la puerta del fondo.*)

NAVARRO. ¡ Duda mortal !
Abramos.

P. GALLIFA. No : ¡ deteneos !

NAVARRO. ¿ Qué pretendeis ?

PAU. (*Breve pausa.*) ¡ Escuchad !...

MASSANA. ¡ Por este lado !
(*Oyense golpes en la pared de la derecha.*)

PAU. En mi casa
suenan voces.

P. GALLIFA. ¡ Quién será !

NAVARRO. ¡Callad! De abrir ya desisto.

MASSANA. Muramos luchando al menos !
(*La pared de la derecha va cayendo en pedazos hasta que aparece Faluga.*)

P. GALLIFA. ¡Nunca abandona á los buenos
la Madre de Jesucristo !
Ved. — Socorros soberanos !
¡Acudid , barceloneses !

NAVARRO. ¡ Nos asaltan los franceses !

P. GALLIFA. ¡ Peligran vuestros hermanos !

ESCENA XIII.

Dichos , FALUGA.

PAU. ¡ El tabique cede !

TODOS. (*Con regocijo.*) Sí.

MASSANA. Aprisa ; vuelven á entrar.

P. GALLIFA. Ayudadme á derribar...

FALUGA. Cedió.
(*La pared cede á los rudos golpes de los de adentro , quedando un boquete bastante para evadirse los conjurados. Aparece Faluga por el agujero.*)

TODOS. ¡ Salvos !

FALUGA. Por aquí !
Hoy por la suerte de España
vela el cielo !...

PAU. Nos salvamos !

P. GALLIFA. ¡ Pronto libres á ser vamos
como el viento en la montaña !...

¡ Hermanos !... La Providencia
inflama los corazones
y rómpense las prisiones
al grito de independencia !

(Voces en el foro : los de afuera empujan con violencia las puertas.)

De la libertad en pos
nuestra la victoria es,
que aunque « ¡ atrás ! » grita el francés,
« ¡ adelante ! » dice Dios !

(Los conjurados penetran por el agujero; el último de ellos, Faluga, dando señales de alegria — Redoblan los gritos y golpes en las puertas esteriores y al tiempo de cerrar Faluga el boquete con una cómoda ú otro mueble de la casa vecina, logran los soldados penetrar en la sala.)

CUADRO TERCERO.

LA NOCHE DE LA ASCENSION.



CUADRO TERCERO.

La calle de S. Francisco.—A la izquierda la casa donde habita Madame La Ruga, á través de cuyos balcones, uno de ellos practicable, se verán las luces del baile.—Oscuridad completa en la escena.

ESCENA I.

PAU de la LAYA y MASSANA, aparecen recatándose por la derecha. – Algunos vecinos con escarapelas atraviesan por el fondo.

MASSANA. Hemos llegado á puerto. No nos sigue nadie.—¡Dios mio! ¡Qué terrible lazo! ¡Qué inesperado contratiempo!

PAU. Buen ánimo. ¡Por vida de san Jorge! Estos son azares de la guerra. Cuando la Vírgen de Monserrate se apiade de nosotros no quedará un francés desde el Ebro al Pirineo.

MASSANA. Me hubiera dolido vivamente no estar en mi puesto. ¿Qué hubieran dicho nuestros amigos?

PAU. ¡Toma! Que nos afrancesábamos. Sobre que nuestra prision hubiera equivalido á la pérdida del levantamiento.

MASSANA. De fijo.

PAU. ¡Pícaro italiano!...

MASSANA. No pensemos en él.—Y ¿el Padre Gallifa?

PAU. Se salvó con Navarro y convinimos, al echar cada uno por su esquina, reunirnos á las doce en esta calle.

MASSANA. ¡Vive!

PAU. Pues ¿no ha de vivir? ¿Qué seria de nosotros, de Cataluña entera, si el Padre

Teatino perdiese la libertad y con ella la vida?

MASSANA. Imposible fuera llenar tan grande vacío.

PAU. Le tendremos aquí.

MASSANA. ¡Quién sabe lo que habrá ocurrido despues de nuestra fuga!... Temo por él... temo que aborte la revolucion. Mientras que ese hombre no está á nuestro lado, todo me parece inasequible; todo lo veo cubierto de dificultades —Cuando él nos acompaña, mi razon se serena y un influjo celeste se apodera de mí.—Paréceme inspirado por Dios en la heróica causa que nos mueve.

PAU. Alegraos, Massana; Gallifa vendrá.

MASSANA. Temo, sin embargo, por nuestra empresa. El capitan Provana habrá dado parte á los generales; la policía mandará esbirros en todas direcciones y acaso por la significacion de nuestro concierto en la calle *den Guardia* colijan toda la importancia de la sublevacion.

PAU. Vanos temores; os lo repito. Las doce van á dar. Los generales se hallan entregados á los goces del festin en el palacio de *madame La Ruga* y el pueblo todo, la ciudad en masa, con la mecha encendida. No hay tiempo de impedir que suceda lo que va á verificarse.

MASSANA. Manos á la obra pues, *Pau de la Laya*. Busquemos al Padre Juan y desempeñemos el papel que nos corresponde en la redencion de Barcelona.

PAU. Orientémonos lo primero.—Esta es la morada de la infame francesa.

MASSANA. (*Mirando á la derecha.*) Hácia nosotros se dirige un hombre.

PAU. Indaguemos quien sea.

ESCENA II.

Dichos, NAVARRO.

NAVARRO. Pensé encontraros aquí. (*Con gozo.*)

PAU. Al fin os vemos.

MASSANA. ¿Y el Padre
Gallifa?
NAVARRO. No han terminado
todavía los pesares.
PAU. ¿Qué ocurre?
NAVARRO. Al dejar la casa
de ese capitan infame,
que Dios maldiga, noté
apostados en la calle
agentes de policía;
y como quiso quedarse
el buen sacerdote y ser
el último en aquel trance
apurado, le habrán preso.
MASSANA. No lo quiera el cielo.
PAU. Es fácil
que así sea.
NAVARRO. Él, como todos,
que aquí hemos de vernos sabe
y no se hacen esperar
los que á su rey son leales.
MASSANA. La hora anhelada se acerca
y á la cita puntüales
acuden nuestros amigos.
(*Atraviesan varios hombres por el foro, conduciendo una camilla. Oyense en la casa de la francesa los acordes de la música.*)
PAU. ¡Todos menos él!
NAVARRO. El baile
de casa *La Ruga* empieza
y los conjurados traen
las armas.
MASSANA. ¿Dónde?
PAU. (*Señalando la camilla.*) Mirad.
MASSANA. ¡En esa camilla!...

ESCENA III.

Dichos, FALUGA, DIEGO.

FALUGA. (*Reconociéndolos.*) ¡Salve!
Ya dí con mi gente.
PAU. ¡Hola!
NAVARRO. Aquí está ya nuestro ángel
tutelar.

MASSANA. A tí debemos
la vida.

NAVARRO. ¿Cómo pagarte?

FALUGA. Nada me debeis. Aquellos
valerosos calafates,
que á estas horas ya estarán
esperando en los portales
del Angel y San Antonio,
fueron los héroes del lance.

NAVÀRRO. Derribasteis la pared
con prontitud admirable.

FALUGA. Deshabitada quedó (*A Pau.*)
la casa de vuestro padre.

PAU. Estos momentos que huyen
no los gastemos en balde.

FALUGA. (*Mirando al fondo.*)
Esas armas... ¿quién conoce
al de la camilla? — ¿Nadie?
Vereis que pronto se entienden
dos hombres de buena sangre.
(*Dirígese á Diego y le dice con voz reconcentrada, pero valiente.*)
Dicen que las campanas
repican bien.

DIEGO. Dilin-din-dilin-don.

LOS DOS. (*A un tiempo.*)
¡Muera el francés!

FALUGA. ¿En el puente *den Biromba*
están todos?

DIEGO. Sí.

FALUGA. Cuanto antes
al Hospital.

DIEGO. Allá vamos...

FALUGA. Esperad. — Dejad que pase
la patrulla, no sospechen...

MASSANA. ¡Somos perdidos!

FALUGA. (*A Massana.*) Calmarse.

ESCENA IV.

Dichos, GADDI, la patrulla.

GADDI. ¿Quién vive? — ¿Callais?

FALUGA. (*Con mucha sorna.*) De saña
no os daré el menor motivo:

puesto que en España vivo
respondo al «quién vive», «España.»
— ¿Porqué tal pregunta haceis
si en cosas de paz me ocupo?

GADDI. ¿Qué significa ese grupo
y ese mueble que traeis?

FALUGA. Aquí, señor oficial,
conducimos con cautela
á mi pobrecita abuela
al hospital general.
(Hace treinta años que ha muerto.)

GADDI. ¿Es pobre?

FALUGA. No tiene un hilo.
—¿Iria á aquel santo asilo
si no lo fuera?

GADDI. (Es muy cierto.)
Llevad á cabo tan santa
tarea. (*Acercándose á la camilla.*)

FALUGA. (*Deteniéndole.*) Dejad que duerma...
y tal vez...

GADDI. Para la enferma.
(*Poniendo una moneda debajo del cabezal de la camilla.*)

FALUGA. (¡Ay de tí, si se levanta!)
(*Gaddi y los soldados se ván por la izquierda.*)

PAU. (¡Corona Dios nuestra empresa!)

NAVARRO. Se va...

FALUGA. Aprieta el paso, Diego.
(*Los de la camilla desaparecen en distinta direccion y Faluga dice muy marcado á los de la patrulla.*)
— Sabremos hablar... ¡con fuego!
de la hidalguía francesa. (*Váse.*)

ESCENA V.

NAVARRO, MASSANA, PAU, P. GALLIFA.

NAVARRO. ¡Padre Gallifa!

P. GALLIFÁ. Aquí me teneis.—Navarro, Pau, Massana, amigos mios, aqui estoy para estimularos con mi presencia y socorreros con mi cariño en lance tan estremo.—¿Me creiais preso? Mal supusisteis si en algo teneis la proteccion que nos dispensa el Dios de

los justos. — Salí con vosotros del conflicto á que nos habia reducido la traicion incalificable de Provana : marché á través de las patrullas francesas sin que amedrentaran mi ánimo ni los gritos amenazadores de los vélites, ni detuvieran mi paso sus osadas inquisiciones , y llenados mis deberes sacerdotales con algunos patricios que no quisieron arrojarse al árduo empeño, sin purificar primero sus espíritus , me apresuré á seguir vuestra huella y héme ya con vosotros, junto á mis hermanos, donde me cumple vencer ó morir.

MASSANA. Mis esperanzas renacen al miraros.

NAVARRO. ¿No os dije que Provana me parecia un Judas ?

P. GALLIFA. Es cierto; mas la misericordia que Jesucristo observó con el buen ladron , nos enseña á ser clementes con los malos amigos. En el juicio que le espera á Provana en las puertas del cielo , hagamos que pese por algo nuestra indulgencia. — Pero basta de razonamientos. Es ocasion de obrar. ¿Han venido ya los generales al sarao ?

MASSANA. Así parece.

P. GALLIFA. Voy á cerciorarme de ello. (*Acercándose á uno de los ciudadanos que están apostados en el foro.*) San Jorge.

CIUDAD.º 1.º Y libertad.

P. GALLIFA. (Es de los nuestros.) — ¿ Sois vos Andrés Palau?

CIUDAD.º 1.º El mismo. — Ah, padre Gallifa... (*Reconociéndole.*)

P. GALLIFA. ¿ Está Duhesme en el baile ?

CIUDAD. 1.º Sí.

P. GALLIFA. ¿ A qué hora ha venido ?

CIUDAD. 1.º A las once menos diez minutos.

P. GALLIFA. ¿ Con quién ?

CIUDAD. 1.º Con Madinabeytia y Lecchi.

P. GALLIFA. ¿ Está solo con ellos?

CIUDAD. 1.º No : le acompañan varios ayudantes.

P. GALLIFA. Retiraos. (*Dirígese á otro que llevará tambien escarapela.*) San Jorge.

CIUDAD. 2.° Y libertad.

P. GALLIFA. ¡Hola, Juan Pellicer!

CIUDAD. 2.° Aquí me teneis.

P. GALLIFA. ¿Ha venido Duhesme al baile?

CIUDAD. 2.° Sí: á las once menos diez minutos.

P. GALLIFA. ¿Con quién está?

CIUDAD. 2.° Con Lecchi y Madinabeytia.

P. GALLIFA. ¿Solos?

CIUDAD. 2.° Les acompañan algunos ayudantes.

P. GALLIFA. Gracias, Pellicer. Permaneced velando. (*Bajando al proscenio.*) Nuestros son. (*Oyese música en el palacio.*) —Oid como se divierten! Reparad ese templo de sus báquicos festines, radiante de luces y armonías compradas á costa de la sangre española.

NAVARRO. ¡Qué oprobio para nuestras costumbres!

P. GALLIFA. Dejad que les desvanezcan los vapores de la orgía. Así y solo así, entontecidos por sus liviandades y placeres, les aprisionarán mas fácilmente los robustos brazos del pueblo.—¡Ay de ellos en breve! Las terribles palabras del banquete de Baltasar, brillarán escritas en las paredes de esos salones.

PAU. Por fin, tras largos dias de pesadumbre y de congoja, nos sonrie placentera la fortuna.

P. GALLIFA. Cada barcelonés está en su puesto; cada vecino es un adalid que aguarda la ocasion convenida para sublevarse. Ancianos, mujeres y niños, conocen la gravedad de la empresa y prometen jugar el todo por el todo. Barcelona afila en silencio sus garras de leon, y la hiena francesa duerme entre tanto el necio sueño de la confianza. —¿Quién duda que es ocasion de regocijo? Alegraos, compañeros. La liberacion de la ciudad será un hecho consumado antes de poco.

PAU. Alguien se acerca.

D.ª RAMONA. ¿El Padre Gallifa?... (*Desde el fondo, con ansiedad.*)

CIUDAD. 1.° Allí le teneis.

D.ª RAMONA. (Respiro.) Don Juan, don Juan!..

ESCENA VI.

Dichos, D.ª RAMONA

PAU. ¿Vos aquí?
D.ª RAMONA. (*A Pau.*) Sí; me ha contado
vuestro sobrino Escuder,
la infamia.—Acabais de ser
vendidos por mi criado.
P. GALLIFA. Dios nos ha sacado á puerto
felizmente, como veis.
D.ª RAMONA. Aquí la vida esponeis,
pues todo se ha descubierto.
El vil Provana conoce
vuestros planes...
P. GALLIFA. ¿Y qué importa?
La conspiracion no aborta.
Estallará al dar las doce:
previsto está. Darán fin
tan desoladores males.
—Ahí se hallan los generales
entregados al festin.
Duhesme deja á media noche
la casa de la francesa
y aseguramos la presa
solo con atar del coche
las ruedas.
D.ª RAMONA. (*Con gozo.*) Del pecho brota
un suspiro de consuelo.
P. GALLIFA. Que triunfemos quiere el cielo
sin derramar una gota
de sangre.
NAVARRO. Si nuestro intento
alguno lo desbarata...
entonces...
P. GALLIFÁ. ¡Qué! (*Con ansiedad.*)
NAVARRO. Se le mata.
P. GALLIFA. No hareis tal, señor sargento.
NAVARRO. Venzamos á toda costa.
P. GALLIFA. No quiero ser asesino.
NAVARRO. Para cualquier desatino
teneis vos silla de posta.

P. GALLIFA. (*Reprendiéndole con dulzura.*)
¿Un español tan bizarro
que huyera yo pensar pudo?
—Une mi alma un fuerte nudo
con el alma de Navarro.
Sepa el sargento de Soria
que sabré buscar aquí
el peligro para mí,
para vosotros la gloria.
—Señora, id... (*A doña Ramona.*)

D.ª RAMONA. Los vaivenes
de la fortuna temed.

P. GALLIFA. *Pau*: en la muralla sed
eco de los somatenes.

PAU. Vuestra mano... (*Besándola.*)

P. GALLIFA. Tened fe
y valor.

PAU. No me abandona:
me portaré en Barcelona
como allá en el Bruch.

P. GALLIFA. Lo sé.
(*Sigue hablando con doña Ramona.*)

PAU. Navarro, cuando la vida
del sacerdote peligre,
con la fiereza del tigre
—os lo ruego—sed su egida.

NAVARRO. Id tranquilo. (*Abraza á Pau y este se vá por la derecha.*)

D.ª RAMONA. A visitar
los puntos, Gallifa, corro
y prestaré algun socorro
á los pobres. (*Siguen hablando.*)

ESCENA VII.

Dichos, DIEGO.

DIEGO. (*A Massana y Navarro.*) Van á dar
las doce. Las armas quedan
en buenas manos.

MASSANA. Pues cunda
la voz de «alerta» en los puestos,
sin que el silencio interrumpan
los impetuosos arranques
que tantas victorias frustran. (*Váse Diego.*)

D.ª RAMONA. Con Dios quedad.
P. GALLIFA. Él os guie.
—A Pou, el anciano cura,
que cuente con el refuerzo
de Salvador Aulet. Mucha
confianza y conseguiremos
libertar á Cataluña.
D.ª RAMONA. Se lo diré. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos D.ª RAMONA.

NAVARRO. Ya han cesado
los acordes de la música.
(*Acercándose al P. Gallifa y Massana.*)
P. GALLIFA. Llegó el momento.—Alentad,
sombras queridas y augustas
de los Jaimes y Borreles;
levantaos de las tumbas.
Vosotros, que á Barcelona
subisteis á tal altura
que de lejanas regiones
la proclamaban por única,
de su esclavitud presente
no lloreis la desventura;
la nube que hoy la cubria
se deshace... Todo anuncia
que el sol que alumbró á la Grecia
con nueva vida fulgura,
y de sus rayos al fuego,
se derrite la fé púnica
moderna. Sí, catalanes;
no mas opresion! Sañuda
la tierra en que hemos nacido,
nos evoca, nos conjura
á librarla de la infamia
que su pasado deslustra.
Oidla.—«Tiranos, jamás
clavarán su planta impura
sobre mi cuello: la audacia
de la fuerza me repugna;
la crápula y los deleites
me causan amarga angustia.
La sobriedad, el valor,

el trabajo y la cordura;
estas son las cualidades
que á mis varones encumbran.
Quiero con ellas hundirme
ó no ser más Cataluña!»
(*Oyense de nuevo los acordes de la música y carcajadas en el palacio.*)
—¡La bacanal! Hé aquí el grito
de independencia. Esta música
la ha comprado el estranjero
con nuestra sangre.

NAVARRO. ¡Qué injuria!

MASSANA. ¡Ved!... Se asoman al balcon
los convidados. (*Vense en él á Duhesme y Gaddi.*)

NAVARRO. (*Fuera de sí.*) Destruyan
los hijos de Barcelona
tamaña impudencia.

MASSANA. (*A Navarro.*) ¡Escucha!...

ESCENA IX.

Dichos, DUHESME, en el balcon.

DUHESME. Sombríos grupos descubro
en medio la noche oscura.
(*Navarro, llevado de un arranque de furor, saca una pistola y la dispara contra Duhesme. Rapidez.*)

NAVARRO. ¡Muere, traidor!

TODOS. (*Movimiento de terror.*) ¡Ah!

P. GALLIFA. (*A Navarro.*) ¿Qué hicisteis,
desdichado!

DUHESME. Que reduzcan
á prision á esos bandidos.

P. GALLIFA. ¡Todo se ha perdido! (*A Navarro.*)

NAVARRO. (*Tirando la pistola.*) Huya
quien tema.

MASSANA. (*Con altivez.*) Yo no.

P. GALLIFA. Ninguno.
Ahora degrada la fuga.
(*Salen soldados capitaneados por Provana: rodean al P. Gallifa, Massana y Navarro, y los sujetan.*)

ESCENA X.

Dichos, PROVANA, soldados.

PROVANA. Padre Gallifa, daos á prision. Y vosotros, José Navarro, sargento de Soria, y Juan Massana, rendíos en nombre del rey.

NAVARRO. ¡Siempre vos! — ¡Verdugo!

PROVANA. Toda resistencia es inútil: vuestros compañeros, el doctor Pou y Salvador Aulet, han caido ya en mi poder.—¡Atadles!

P. GALLIFA.

Prendednos en buen hora: cubridnos de prisiones:
llevadnos dó quisiereis, sin miedo ni pavor.
A nuestra noble causa le sobran campeones,
y al choque de los hierros de nuestros eslabones
los hijos de la patria se batirán mejor.
Prendednos en buen hora: los hijos de este suelo
por *patria* y *rey* ufanos al sacrificio van,
que mientras Cataluña palpite con anhelo,
ni un átomo siquiera, ni un soplo de su cielo
las manos estranjeras de España arrancarán.
Llevadnos al cadalso... labrais vuestra derrota;
pues como nube densa que apaga un punto el sol,
la véste de los mártires que enrojecida flota
es lábaro sagrado que enciende la fé ignota
y al oprimido pueblo le sirve de pendon.
Nos pone á dura prueba del cielo el albedrío:
hoy quiere nuevamente probarnos Dios la fé;
mas del presente, pobre, descolorido y frio
saldrá un mañana fértil en fortaleza y brio
y hasta acabar con ellos, otro mañana .. y cien!
A la nacion que llora sumida en la amargura,
laureles le daremos que curen su pesar.
No hay triunfo sin combate: no hay logro sin usura.
Respire Barcelona y en nuestra sepultura
contemple una memoria de esfuerzo que imitar!

(*Durante estos últimos versos se ven pasar patrullas en varias direcciones. Los soldados se llevan á los prisioneros y cae el telon con rapidez.*)

CUADRO CUARTO.

NADA SIN FERNANDO. (*)



(*) Los autores han querido al adoptar este título para el presente to, rendir un tributo de aprecio y admiracion al cuadro del hame que el Sr. D. Antonio de Madrazo pintó para el real museo de Maid. Fruto dicha creacion del amor pátrio, verdadero cuadro del ensiasmo que sentian nuestros padres por la causa del *Rey deseado*, la uacion que retrata á los ojos de nuestro siglo, y que contemplarán venideros con asombro, es el vivo modelo de la que tan pálidamense bosqueja en este cuadro 4.° del *P. Gallifa*.

CUADRO CUARTO.

Un cuarto de la torre de la Ciudadela: puertas á derecha é izquierda: reja al fondo por donde se verá la escalera que conduce á lo alto del torreon.

ESCENA I.

El general DUHESME, GADDI.

GADDI. Cumpliendo vuestros deseos,
(*Saliendo por la derecha.*)
muy en breve, general,
se reunirá el tribunal
que ha de juzgar á los reos.

DUHESME. No: mis deseos son otros.
Justo es que el fiscal advierta
que la sangre que se vierta
caerá sobre nosotros.
Provana no reflexiona
en su acusacion cruel,
que el padre Gallifa es el
ídolo de Barcelona.

GADDI. Esas gentes oprimidas
no dán de motin señales.

DUHESME. Yo sé muy bien que hay puñales
que amenazan nuestras vidas.
Y si logro...

GADDI. Vuestro afan
será inútil imagino.

DUHESME. Si convierto al Teatino
sus amigos cederán.
Para esta jornada, ya
el hierro no serviria
y lo que el terror no haria
tal vez la astucia lo hará.

GADDI. Yo temo...

DUHESME. A esa gente terca
sabré ablandar.
GADDI. ¿De qué modo?...
DUHESME. ¿Quién no se doblega á todo
cuando vé la muerte cerca?
GADDI. Las angustias del destierro
no dejarán su fé rota,
pues ostenta el patriota
una voluntad de hierro.
DUHESME. ¡Bah! Cométense maldades
por el oro.
GADDI. El que es leal...
DUHESME. Con ayuda del metal
ganaré sus voluntades.
Convenceré, sin que note
mi temor, al Padre Juan;
porque el pueblo catalan
que adora á ese sacerdote,
si vé que perdon no alcanza,
se erguirá amenazador
para hundir á su opresor
á las voces de venganza.
(*Vénse pasar por detrás de la reja varios prisioneros escoltados por soldados franceses.*)
GADDI. Verificándose van
segun veo, otras prisiones.
DUHESME. Inùtiles precauciones...
—Estamos sobre un volcan.
GADDI. Son temores bien fatales
los vuestros á no dudar.
DUHESME. Es imposible acabar
con todos los liberales.
—A ver al gobernador
acompañadme.
GADDI. Ya os sigo.
DUHESME. Despues veré si consigo
dominar el pátrio amor
de los presos. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA II.

DIEGO, saliendo por la izquierda.

DIEGO. Muchos son
los que el sosiego me quitan,

aunque á su pesar visitan
esta fortificacion.
Nada las sorpresas valen
cuando reina la cautela...
¡Por eso en la Ciudadela
muchos entran y no salen!
—Al fin fracasó otra empresa
despues de tantos afanes!
—Dá fin con los catalanes
la policía francesa;
está visto. Entre las masas
muestra su espada desnuda.
—Pero... ¿quién llega? La viúda
de D. Pedro de las Casas!

ESCENA III.

Doña RAMONA, MERCEDES, DIEGO.

D.ª RAMONA. La misma.
DIEGO. ¡Doña Ramona,
vos aquí!
D.ª RAMONA. (*Reconociéndole.*) ¡Encuentro dichoso!
Te creí, muerto mi esposo,
ausente de Barcelona.
DIEGO. A muchos, cuando sabrán
mi empleo, tal vez no cuadre...
mas ¿qué no ha de hacer un padre
si piden sus hijos pan?
Hoy es carcelero Diego (*Con amargura.*)
de esta torre!
D.ª RAMONA. Dios sin duda,
ha dispuesto que á tí acuda
para que atiendas mi ruego.
DIEGO. Hablad: si puedo... os escucho.
D.ª RAMONA. Por defender nuestros fueros
aquí hay muchos prisioneros
que la patria tiene en mucho!
Deseo ver...
DIEGO. Yo...
D.ª RAMONA. No agraves
el mal que el pecho devora.
DIEGO. Aquí para vos, señora,
no habrá cerrojos ni llaves.
Pero decid con franqueza,

lo que pretendeis hacer,
pues no quisiera perder,
por serviros, la cabeza.
El nombre del preso quiero
que aguarda vuestra visita;
¡porque á tantos la luz quita
la llave del carcelero!

D.ª RAMONA. Muchos gimen bajo el yugo
de esa maldecida grey
que por proclamar un rey
se constituye en verdugo.
—Mas ¡qué dije!

DIEGO. ¿Porqué así
temblais si os doy esperanza?...

D.ª RAMONA. Es tanta mi desconfianza
que tengo miedo de mí.
Siempre nos cercan temores
en estos dias fatales.
Los traidores son leales
y los amigos traidores!

DIEGO. Con una infamia jamás
vea yo la luz del sol.

D.ª RAMONA. Te creo.

DIEGO. Soy español
y catalan además.

D.ª RAMONA. Eso á mis ojos te abona.
Al padre Gallifa espero
ver.

DIEGO. Por ese prisionero
no temais, doña Ramona.
El padre Juan vé con gozo
la luz que ese cielo envia.

MERCEDES. ¡Cómo! (*Con regocijo.*)

DIEGO. Tiene todo el dia
abierto su calabozo
por órden del general.

D.ª RAMONA. ¿Sí?

DIEGO. Cinco los presos son
que dan al pecho espansion
con satisfaccion igual...

D.ª RAMONA. ¡Gracias, Dios!

DIEGO. Y si es verdad
lo que dijo el capitan,
en breve disfrutarán
de completa libertad.

MERCEDES. Id á Massana á decir
que aquí le aguarda una dama;
pues no ver á quien se ama
es lo mismo que morir.

DIEGO. Dejad que el gobernador
salga de allí y al instante
(*Señalando á la derecha.*)
conduciré á vuestro amante
á esta sala.—Aquí es mejor
evitar sospechas.

D.ª RAMONA. Diego,
piensas bien; que nadie note...

DIEGO. Al ilustre sacerdote (*A D.ª Ramona.*)
venid á ver... —No: vos luego
(*A Mercedes, que se dispone á seguirle.*)
entrareis, que si á las dos
Gossens allí sorprendiera,
bastante motivo fuera
para decretar en pos
mi muerte entre estas paredes.
(*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

MERCEDES, PROVANA.

MERCEDES. ¡Qué dicha! Le veré; sí.

PROVANA. Mayor dicha para mí
es contemplaros, Mercedes.

MERCEDES. ¡Provana!

PROVANA. ¿Porqué el rubor
vuestro rostro empaña al verme?

MERCEDES. Porque no sé convencerme
de que seais un traidor.

PROVANA. Vos misma me defendeis,
que á los que dudaren hoy,
convence que no lo soy
saber que no os convenceis.
Así pues, hablemos claros:
mis importantes capturas
me proporcionan seguras
armas con que hostilizaros.

MERCEDES. ¡No os entiendo!

PROVANA. Hablar me toca:
yo adoro en una mujer

y no he logrado vencer
jamás su pecho de roca.

MERCEDES. ¡Qué!...

PROVANA. Trajo luchas fatales
tal pasion. Mi alma de cera,
fuerte ella, una lucha era
con armas muy desiguales.
Hoy, que al fin quiere premiar
la suerte mi afan constante,
espero que ella levante
á mi cariño un altar.
Yo, que con su amor viví,
de su sombra corro en pos.
(*Despues de una pausa, con intencion.*)
— Libro de la muerte á dos
si me dais la vida á mí.

MERCEDES. ¡Y qué! ¿Esperais que suscriba
á tanto una catalana? (*Energía.*)
Muera amándome Massana,
no aborreciéndome viva.
No cabe en mí tal vileza.
— Y confiabais... —¡Necio error!
Donde acaba vuestro amor
allí mi desprecio empieza.

PROVANA. Yo espero que llegue un dia
que despreciado no sea.

MERCEDES. No hagais, capitan, que os crea
más villano todavía.

PROVANA. Funesta casualidad
desbarató nuestros planes.
Respondan los catalanes
de mi pesar. (*Con hipocresía.*)

MERCEDES. ¡Es verdad!

PROVANA. ¿Lo poneis en duda?

MERCEDES. No.
(*Dejándose llevar de su dolor.*)
— Vos, que aquí lo podeis todo,
espero hallareis el modo
de salvarlos...

PROVANA. ¿Cómo? ¡yo!...
Es grande mi voluntad,
pero poco mi poder
para que logre poner
á esa gente en libertad.
— Con el tiempo... (*Con intencion.*)

MERCEDES. Capitan,
os comprendo!

PROVANA. Fácil es. (*Pausa.*)
— Ved, Mercedes, que despues
vanos los ruegos serán.

MERCEDES. De Dios la cólera ardiente
lanzará el rayo fatal
contra ese vil tribunal
que castiga al inocente.
— Muera el que amo. No creais
que vuestra voz me intimida,
pues al darle vos la vida
creo que le deshonrais.

PROVANA. Al oirte, de tal suerte
advierto que amas á Juan,
que el amor del capitan
en odio ya se convierte.
— Seré implacable.

MERCEDES. Mi amor
saldrá ileso.

PROVANA. ¡Llorarás!...

MERCEDES. Tendrá el cielo un mártir más
que me infundirá valor.
Los que mueren noblemente
como Juan, al cielo van.

PROVANA. No.—Hoy el sello estamparán
del ladron sobre su frente!...

MERCEDES. ¡Gran Dios!... — Eso no es verdad.

PROVANA. Juzgado en breve va á ser.

MERCEDES. No habrá quien llegue á creer
semejante falsedad.

PROVANA. La noche de la Ascension
de mi confianza abusaron.

MERCEDES. ¡Cómo!

PROVANA. Huyeron y robaron
la caja del escuadron. (*Pausa.*)
— Oculto el delito está.
Si no accedes á mi ruego,
serán sentenciados luego
Massana y Gallifa.

MERCEDES. (*Aterrada.*) ¡Ah!

PROVANA. Mi venganza á su fin toca.
Que amado por tí me vea
y una frase tuya sea
la mordaza de mi boca.

—Responde... dí. Haz que los dos
de tí esa muestra reciban
de cariño. (*Mercedes vacila.*)

MERCEDES. (*Resuelta.*) ¡Sí!... Que vivan...
Y que me perdone Dios!

PROVANA. ¡Vencí!

MERCEDES. ¡Pudisteis pensar!... (*Transicion.*)
—Muro es mi honor que lo impide.
Massana en mi alma reside (*Con resolucion.*)
y morir será olvidar.
No esperéis jamás de mí
mi honor en peligro ver,
que siempre tengo de ser
lo que soy y lo que fuí.

ESCENA V.

Dichos, MASSANA.

MASSANA. ¡Mercedes!

MERCEDES. ¡Juan!

MASSANA. Nada temas;
del crímen que se me imputa
soy inocente. Este hombre
que vilmente me calumnia,
no conseguirá jamás
empañar tu frente pura
ni hacer bajar el semblante
del que no fué traidor nunca.
Moriremos como mueren
los justos. Dios nos escuda;
y el dia que en Barcelona
el sol de libertad luzca,
bajarán los catalanes
á llorar á nuestras tumbas.

ESCENA VI.

Dichos, D.ª RAMONA, P. GALLIFA.

P. GALLIFA. Sobrina...

MERCEDES. Señor... (*Besándole la mano.*)

P. GALLIFA. Provana,
¿vos aquí? —¿Porqué se turba
vuestro semblante? ¿Temeis

que yo de vuestra conducta
os pida cuenta ?

PROVANA. Don Juan ..
á veces... ya veis...

P. GALLIFA. ¿Disculpas?...
El que falta, se arrepiente;
pues tarde ó temprano, escucha
el grito de la conciencia.

PROVANA. (Y ¿esa mujer de mí triunfa!
¡Oh!... ¡Venganza!)

MASSANA. Os engañais,
os engañais, padre cura.

PROVANA. Basta. — Diego. (*Llamando á Diego que aparece por la izquierda.*)

DIEGO. Capitan...

PROVANA. Que á este hombre se le conduzca
á su encierro. (*Señalando á Massana.*)

MASSANA. Adios, Mercedes.

MERCEDES. Esta entrevista...

MASSANA. (¡Es la última!)
(*Vase con Diego.*)

MERCEDES. (¡Horrible idea!...)

D.ª RAMONA. (*Al P. Gallifa.*) ¡Valor,
Padre!

P. GALLIFA. No me faltó nunca.

PROVANA. Salid. (*A D.ª Ramona.*)

P. GALLIFA. Adios.

D.ª RAMONA. (*Aparte al P. Gallifa.*) Barcelona,
en medio la noche oscura,
á romper vuestras prisiones
se levantará sañuda!)
(*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

P. GALLIFA, PROVANA.

PROVANA. (*Pausa.*)
Muy tranquilo estais.

P. GALLIFA. Provana,
el peligro no me asusta.
Defiendo una causa justa
y tengo un alma cristiana.

PROVANA. Si en vos el pueblo confia,
las esperanzas huirán.

P. GALLIFA. La sangre del catalan
caerá sobre vos un dia.

PROVANA. Padre Gallifa, sellad
el labio y os salvareis...

P. GALLIFA. Muy torpe andais si creeis
que imploro vuestra piedad.

PROVANA. De vuestro perdon se trata
y á cabo tal vez se lleve...

P. GALLIFA. El mártir que muere, debe
perdonar á quien le mata.
Es la muerte que yo os pido
el premio de mi virtud
y así vuestra ingratitud
pagaré con el olvido.

PROVANA. ¿ Me recordais ? ..

P. GALLIFA. No, por Dios :
de olvidar lo que hice trato,
que al ser vos conmigo ingrato
sois mas ingrato con vos.
No hay, pues, tormento que venza
este corazon de roca.
(*Provana queda como dominado por un recuerdo.*)
— Ya enmudece vuestra boca...
Ya os domina la vergüenza !..
Si álguien conocernos quiere,
en los rostros lo adivina.
— Ved : la faz del que asesina...
la sonrisa del que muere.

ESCENA VIII.

Dichos, DIEGO.

DIEGO. El señor Gobernador
en su habitacion espera
hablaros. (*A Provana.*)

PROVANA. (*Aparte á Diego.*) Diego, á este hombre
en el calabozo encierra
y de él y sus compañeros
respondes con tu cabeza.
(*Váse Provana por la derecha.*)

DIEGO. Descuidad.— Querido amigo,
cuando gusteis...

P. GALLIFA. Cuando quieras.

(*Varios mozos suben por la escalera de la torre y entre ellos Faluga. Se detiene delante de la reja y entra luego por la puerta izquierda como lo marca el diálogo*)
Más prisioneros! (*Mirando á la reja.*)

DIEGO. No tal.
La hora de comer se acerca
y esos hombres proporcionan
al que detrás de la reja
lamenta su desventura,
un soplo del bien que anhelan.

ESCENA IX.

Dichos. FÀLUGA.

FALUGA. Por eso, padre Gallifa,
vengo á aliviar vuestras penas.
Hace veinte y cuatro horas
que sirvo en la Ciudadela
dè ayudante de cocina,
y esponiendo mi cabeza,
al fin pongo en vuestras manos
esta carta.—Cada letra
será un sonido marcial
que nos lance á la pelea.
Ofrecí á Arnauda entregárosla
y sé cumplir mis promesas.
Os salvaremos! (*El P. Gallifa repasa con avidez la carta y la guarda cautelosamente.*)

DIEGO. (*Mirando á la derecha.*) Ya suben...

P. GALLIFA. Gracias, hijo. (*A Faluga.*)

FALUGA. (*A Diego.*) Por él vela,
y si de mí necesitas.
paisano, me hallarás cerca.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA X.

DUHESME, el P. GALLIFA, DIEGO.

DUHESME. Despejad.—Vos, no.—El consejo
(*Váse Diego.*)
se reunirá muy en breve
para juzgaros. Amigos

que mi respeto merecen,
por vos se interesan tanto,
que he querido complacerles.
Vos, por vuestro ministerio,
una persona eminente,
no debiais conspirar
unido con los rebeldes.

P. GALLIFA. Los injuriais, general.
Tiranos son los que vienen
á dar á su emperador
lo que no le pertenece.

DUHESME. La libertad que anhelais,
es la sombra que se pierde
tras nuestro imperio glorioso.

P. GALLIFA. Vuestro sol no la oscurece.
Brilla esa luz bienhechora
que vuestros ojos ofende,
como un destello de Dios:
no hay distancias que la alejen,
y si apagarla quereis
abrasará vuestra frente.

DUHESME. Ese amor patrio, es la senda
que os conducirá á la muerte.

P. GALLIFA. Y ¿qué importa que muramos
si la libertad no muere?

DUHESME. ¡Qué obcecacion!

P. GALLIFA. Es inútil
que pretendais convencerme
de lo contrario. Gallifa
será leal mientras aliente.

DUHESME. Ved cómo hablais.

P. GALLIFA. Yo bien sé...

DUHESME. Se os dará la libertad
si prestais fidelidad
al rey de España, José.

P. GALLIFA. Vuestra indulgencia aceptar
no puedo, porque deshonra,
y debe morir con honra
un ministro del altar.

DUHESME. Deplorando sus errores
vuestros amigos están.

P. GALLIFA. Aunque quieran, no sabrán
ser á su patria traidores.

DUHESME. Pues los cuatro se apresuran
á dejar el calabozo

y henchido el pecho de gozo,
lealtad al francés le juran.

P. GALLIFA. No me lograis persuadir.
Nuestras almas van unidas,
tanto, que sin cinco vidas
ninguno podrá vivir.

DUHESME. Yo haré que mi autoridad
vuestro brio al cabo tuerza.

P. GALLIFA. El poder de vuestra fuerza
lo vencerá mi lealtad.

DUHESME. Criminal es que por vos
del rey los fueros se ultrajen;
que un rey es de Dios imágen
y sois ministro de Dios.

P. GALLIFA. Del que gobierna la Francia
jamás besaré la mano,
porque de un rey á un tirano
hay muchísima distancia.

DUHESME. Nuestros monarcas fecundos
dieron á la Europa leyes

P. GALLIFA. El manto de nuestros reyes
ha cobijado dos mundos.

DUHESME. La Francia ciñe á su sien
los laureles que á otros coje.

P. GALLIFA. Hoy España los recoje
en Gerona y en Bailen;
y para la gente moza
que los codicie despues,
prepara el aragonés
otro campo en Zaragoza.

DUHESME. Dejad ese ardor á un lado,
pues vuestra derrota es cierta,
y libre hallareis la puerta
que mi astucia os ha cerrado.

P. GALLIFA. Si menguara el patrio ardor
(*Con exaltacion.*)
que ennoblece el alma mia,
en la puerta dejaria
los girones de mi honor!
¿Pretendeis que Barcelona
de mi infamia se avergüence?

DUHESME. Ved que os perdona el que vence.

P. GALLIFA. El vencido no perdona
del vencedor la impiedad;
que en esta lucha homicida

es un tormento la vida
si falta la libertad.
—El opresor, que al acento
de independencia se irrita,
en los calabozos quita
la luz, el aire, el sustento
á la desdichada grey;
pero el Señor la bendice
porque entre sollozos dice:
«¡nada quiero sin mi rey!»
—La causa defenderé
de ese pueblo noble y bravo,
y antes que morir esclavo
como mártir moriré.
Venga el que feroz empuña
la espada enemiga y ¡hiera!
—Ya quedarán, aunque muera,
Gallifas en Cataluña.
Me hallareis, cuando se intente
cortar de mi vida el hilo,
con el corazon tranquilo
y levantada la frente.
Veré el Eden celestial
del Dios ante el cual me postro.

ESCENA XI.

Dichos, PROVANA.

PROVANA. Mentís! Manchará ese rostro
el sello del criminal!
P. GALLIFA. ¡Vírgen mia! (*Aterrado.*)
DUHESMÉ. ¿Qué?
P. GALLIFA. (*Reponiéndose.*) Os perdono;
y al perdonaros á vos
me venzo, porque á los dos
Dios nos vé desde su trono.
PROVANA. Pensad que de nuestra ley
los traidores no se eximen.
P. GALLIFA. ¡Yo criminal!... ¡Qué! ¿Es un crime
el defender á mi rey?
DUHESME. Gallifa, sin dilacion
acceder os interesa...
P. GALLIFA. ¡Yo desleal!
PROVANA. Ved que pesa

una horrible acusacion
sobre vosotros.

DUHESME. (Temor
me causa tanta perfidia.)

P. GALLIFA. El que por su patria lidia
muere siempre con honor.
Ignoro completamente
mi delito : — nada imploro ;
pues con decir que lo ignoro,
digo que soy inocente.

DUHESME. Sepa, pues, esta ciudad
si á dar cuenta nos obliga,
que hoy el tribunal castiga
vuestra inícua terquedad.

P. GALLIFA. La muerte á mí no me aterra
porque el valor me acompaña.

DUHESME. ¡ Terco sois !

P. GALLIFA. Hijo de España.

PROVANA. Allí el consejo de guerra (*A Duhesme.*)
espera y el tiempo avanza.

DUHESME. Que salgan los acusados.

PROVANA. (Al fin voy á ver colmados
mis deseos de venganza.)
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos PROVANA.

DUHESME. Por última vez la vida
os ofrezco. — ¡ Sois de roble !

P. GALLIFA. Más quiero una muerte noble
que una vida envilecida.
Soportando los reveses
del despotismo feroz,
todos dicen á una voz :
« no queremos ser franceses. »
Resignado con mi suerte
no desmayará mi aliento,
que á las puertas del contento
me está esperando la muerte.

UHESME. ¿ Tendreis en la hora fatal
para sufrir tal dolor,
de Sócrates el valor ?...

. GALLIFA. No. *El de un mártir, general.*

Cúmplase, pues, mi destino,
y ofrecerá en esta lid,
si un DOS DE MAYO Madrid,
un TRES DE JUNIO Barcino!

ESCENA XIII.

Dichos, PROVANA, el Dr. POU, MASSANA, NAVARRO, AULET, Soldados franceses.

PROVANA. (Aquí vienen, general; (*A Duhesme.*)
á morir están resueltos.)
DUHESME. (¡Su fortaleza me pasma!)
—Va á reunirse el consejo. (*A los reos.*)
Una palabra podria
libraros del fin funesto
que os aguarda. Si aceptais
el perdon...
NAVARRO. (*Con arrogancia.*) No lo queremos.
DUHESME. El crimen que se os imputa
bastará para que el pueblo
de Barcelona os maldiga
en vez de compadeceros. (*Pausa.*)
—¡Y qué! ¿No os estremeceis
despues de ese horrible hecho?
(*Todos permanecen impasibles.*)
La noche de la Ascension,
aprovechando el momento
que el capitan en su estancia
os dejó, os hicisteis dueños
del dinero de la caja.
P. GALLIFA. ¡Dios! Qué escucho!
NAVARRO. ¡Falso!
PROVANA. Cierto.
MASSANA. A tan infame calumnia
respondo con el desprecio.
NAVARRO. Si mancharme no temiera
os mataba como á un perro.
P. GALLIFA. Reid como yo, Navarro.
Provana no está en su acuerdo,
pues que si loco no fuera
al decir tal vituperio
contra nosotros, de un rayo
le hubiera partido el cielo.
El freno de nuestra calma

sea de su lengua el freno.

NAVARRO. Mas...

P. GALLIFA. Con su resignacion
nos dió Jesucristo ejemplo:
impostor le apellidaron
y fué de perdon su acento.

DUHESME. Capitan, ¿qué significa
ese rumor? (*Rumor lejano.*)

PROVANA. (*A Duhesme.*) Es el pueblo,
que reunido en la Esplanada,
reclama á los prisioneros.

DUHESME. Pues que el consejo de guerra
juzgue al instante á los reos.

PROVANA. (*Acercándose al P. Gallifa, que permanece tranquilo.*)
Avergonzados huirán
esos catalanes tercos
cuando sepan que los timbres
manchais de vuestros abuelos,
muriendo como ladrones.

P. GALLIFA. Basta ya. Salgamos presto
de tan cansada porfía.

PROVANA. Habrá un enemigo menos.

P. GALLIFA. No. Cinco víctimas más
de que respondais al cielo.
(*Oyese el rumor mas cercano.*)

ESCENA XIV.

Dichos, BENITO, GADDI, soldados, luego FALUGA.

DUHESME. Veamos lo que ocasiona
tal alboroto...—¿Qué es eso?

GADDI. Este hombre ha sido preso
al salir de Barcelona.

DUHESME. ¿Porqué razon?

GADDI. (*Señalando el papel.*) Este escrito
y su turbacion le vende.
Vedlo: de su espalda pende
el pregon de su delito.

DUHESME. (*lee.*) «Los catalanes, que son
honrados, dan al francés
un hombre que en San Andrés
lo han prendido por ladron.
Regístrese, que el papel

y la cantidad que lleva
encima, son una prueba
patente de quién es él.»
(*Gaddi le registra; saca de su bolsillo el papel que firmó en el cuadro segundo y los billetes que sustrajo de la caja. Los da al general y se llevan á Benito.*)

PROVANA. ¡Maldicion!

P. GALLIFA. Al delincuente (*A sus amigos.*)
señala el dedo de Dios.

DUHESME. (*Reconviniendo á Provana.*)
¡Son inocentes! Sed vos,
fiscal, con ellos clemente.

PROVANA. Yo intentaré, general...

DUHESME. En esa confianza os dejo.
(*Desde la puerta.*)

GADDI. Reunido se halla el consejo
y espera al señor fiscal.
(*Vánse Gaddi y Provana: Duhesme vá á salir, pero al ver al P. Gallifa tan sereno se acerca á él y le dice:*)

DUHESME. Someteos á la ley
de José, que el cetro empuña,
y os salvareis.

P. GALLIFA. (*Con entereza.*) Cataluña
nada quiere sin su rey.

DUHESME. Con esa aparente calma
vuestra muerte decretais.

P. GALLIFA. Haced, pues, cuanto querais,
que no matareis mi alma.

DUHESME. Yo lograré dominar...

P. GALLIFA. ¡General!... vuestro furor
se estrellará en mi valor
como en las rocas la mar;
y cuando á mi patria amada
envie un «adios» postrero,
esclamará el pueblo entero;
«¡nada sin Fernando... nada!»
(*Vase Duhesme. Faluga sale por la izquierda y dice al P. Juan con rapidez.*)

FALUGA. Confianza!... sin dilacion
fiel responderá mañana
á la voz de la campana
el grito de redencion. (*Váse.*)

ESCENA XV.

El P GALLIFA, Dr. POU, MASSANA, NAVARRO y AULET.

P. GALLIFA. ¡Compañeros, valor!—Hórrida muerte
nos prepara el francés en el consejo.
Con planta firme y serenado rostro
suframos el martirio.—Coronemos
esta empresa de gloria, perdonando
al bárbaro opresor en el tormento.
—¡Tiemblas, Massana! De tus ojos rueda
una lágrima triste.—No es de miedo.

(*Movimiento de Massana.*)

Lo sé, hijo mio.—Catalan naciste.
¿Cómo saber temblar?—Bórrala presto.
Á mis brazos venid; que á todos logre
estrechar un instante contra el seno.

(*Se abrazan.*)

Os amo tanto... tanto, que quisiera
solo exhalar mi postrimer aliento.

NAVARRO. ¿Recelais que nosotros...

P. GALLIFA. Nunca, nunca.

MASSANA. Libres no somos? Pues morir queremos.

NAVARRO. La muerte de los héroes es la gloria.
¡Hermosa como nunca la contemplo!

P. GALLIFA. ¿Anhelais el suplicio?

TODOS. (*Con mucho fuego.*) ¡Lo anhelamos!

P. GALLIFA. ¡Gracias, Supremo Dios! Ya ¿qué mas quiero?
España durará. Tras largos dias
de cruel horfandad y triste duelo,
independiente la verán sus hijos
recobrar su pujanza, y los nïetos
de nuestra altiva raza de leones
llevarán sus banderas á otros suelos.
Muramos sin zozobra. El Dios del mundo
nos quiere redimidos en el cielo.
Venid á su morada.

NAVARRO. ¡Dios piadoso!

MASSANA. ¡Bendecidnos, Gallifa!

P. GALLIFA. Compañeros,
la fé que nuestras almas acrisola,
Dios, solo Dios, derrama en nuestros pechos.

(*Todos se arrodillan en torno del P. Gallifa. Este, en medio del grupo, les dice con uncion y entusiasmo los versos que siguen hasta que al final los demás mártires, que se habrán levantado, le rodean con sus brazos y besan la mano llenos de gratitud.*)

Junto á Bethlem, en solitario asilo,
tal vez por la tormenta amenazado,
de la humana existencia anuda el hilo
el supremo Señor de lo criado.
En el leño fatal muere tranquilo
siendo de libertad primer soldado,
y al romper las terrenas ligaduras,
iguales proclamó á sus criaturas.
A la sombra del árbol portentoso
que en la cumbre del Gólgota se eleva,
el mundo antiguo, cede al poderoso
raudal sublime de la idea nueva.
Libre es el hombre: el pueblo cauteloso
que de otro pueblo la corriente embeba,
la muerte sufrirá de los tiranos...
pues Jesucristo á todos hizo hermanos!
Si hoy un pueblo ambicioso nos humilla,
dejad que ejerza su influencia santa
aquella Cruz que en el Oriente brilla
con el limpio fulgor que al malo espanta.
Esa lumbre inmortal que arde sencilla,
á través de las sombras adelanta.
¡Gloria para nosotros, que siquiera
serviremos de pábulo á su hoguera!
—Cual cae de las nubes el rocío
y fecunda la tierra calcinada,
así la España se alzará con brio
al sentirse de sangre salpicada;
y cuando el universo, el poderío
acate de esa luz, por Dios creada,
dirá que nuestro fin trajo fecundo,
prez á la patria y libertad al mundo!

CUADRO QUINTO.

UN SUSPIRO DE LA PATRIA.



CUADRO QUINTO.

—

La plaza de Santa María del Mar. (*)

ESCENA I.

Señora IGNACIA, DIEGO, ANDRÉS, Barceloneses.

SRA. IGN. ¡Ved qué tristeza se advierte
en los semblantes, Andrés!
ANDRÉS. Hoy esa tristeza, es
mensajera de la muerte.
DIEGO. *(Acercándose á ellos con recato.)*
Quiere el catalan vencer
del francés la pertinacia;
mas para ser libre, Ignacia,
mucha sangre ha de verter.
ANDRÉS. Decid, Diego: ¿cómo aquí
os hallo en tan triste dia?
SRA. IGN. Pensé haciais compañía
al hermano que perdí!
DIEGO. Como visteis, tras prolijos
males el pueblo dejé
y en Barcelona no hallé
quien diera pan á mis hijos!
Porque adicto á mi rey era,
los franceses se vengaron
bárbaramente! Quemaron
mi casa de Esparraguera.
—¡No comprendeis el pesar
que en nuestro pecho reside,
cuando pan un hijo pide

(*) En los teatros donde no sea posible presentar esta decoracion, odrán los directores de escena sustituirla por otra de calle, que se suonga contigua al Borne.

y no se le puede dar!...
—En trance tan lastimero,
olvidéme... ¡hasta de mí!
En la Ciudadela fuí
de Gallifa carcelero!
Detúvome allí el deseo
de aliviar su triste suerte,
mas al condenarle á muerte
he renunciado á mi empleo.

ESCENA II.

Dichos. Doña RAMONA.

D.ª RAMONA. (*Que habrá aparecido momentos antes.*)
Hoy, aunque no tenga pan (*A Diego.*)
ni de ganarlo halle modo,
el que fué padre ante todo,
sea ante todo catalan.

DIEGO. Lo seré, doña Ramona;
os lo juro.

D.ª RAMONA. Los blasones
no empañeis de esos varones
ilustres de Barcelona.

SRA. IGN. ¿Señora?... (*Como preguntándola.*)

D.ª RAMONA. ¡No hay esperanza!

ANDRÉS. Antes que don Juan sucumba,
abramos una ancha tumba
á los gritos de venganza.

D.ª RAMONA. Imposible! .. Loco afan!
Cualquier tentativa, luego
abriera bocas de fuego
contra el pueblo catalan.

DIEGO. Tal vez esa gente estraña
nos ataque inútilmente,
porque aun besan nuestra frente
los vientos de la montaña.
Sospechan los generales,
en conocernos ya diestros,
que el suplicio de los nuestros
acarree grandes males.
Sus soldados no sosiegan,
y Duhesme, que ejerce el mando,
refuerzos está esperando...
y esos refuerzos no llegan.

—Hoy la Esplanada... en verdad,
espantoso aspecto ofrece!

D.ª RAMONA. ¿Está desierta?

DIEGO. Parece
que no hay nadie en la ciudad.

SRA. IGN. Y mi hijo?—Amargas son
las horas que paso aquí.

ESCENA III.

Dichos, FALUGA.

FALUGA. No temais, madre, por mí.

SRA. IGN. Hijo de mi corazon! (*Abrazándole.*)

D.ª RAMONA. ¿Qué noticias traes?... Dime...

FALUGA. Que muere causa tan santa
si al punto no se levanta
contra el que cruel le oprime,
ese pueblo.

D.ª RAMONA. Hijo; el dolor
al pecho mas fuerte abate.

FALUGA. No hay dolor que así desate
los lazos del patrio amor!

ANDRÉS. Es general el espanto.

FALUGA. La sangre que verterán
Massana y el Padre Juan,
no ha de lavarse con llanto.
Cuando abandonen la tierra
que defendieron un dia,
á sus ayes de agonía
respondan gritos de «¡guerra!»
Descanso al hierro no demos;
pues ya que nuestros hermanos
hoy mueren como cristianos,
como españoles luchemos.
—Si quien la cerviz humilla
ante la faz altanera
del déspota, ver pudiera
á los que están en capilla,
sintiendo al fin renacer
en su pecho el pátrio fuego,
no diera al brazo sosiego
hasta morir ó vencer.

D.ª RAMONA. ¿Los has visto?

FALUGA. Sí, á fé mia!

—«Tan contento voy en pos,
—dice Gallifa,—de Dios,
que no morir sentiria.»

D.ª RAMONA. Al fin morirá!

FALUGA. (*Con bríos.*) No tal!

SRA. IGN. ¿Por quién noticias recibes?

FALUGA. Próximo á entrar está Vives, (*Rapidez.*)
el capitan general
de Cataluña. Reunidas
las tropas, pelearemos
y su vida salvaremos
á costa de nuestras vidas.

D.ª RAMONA. La ciudad, que no perdona
por ser libre sacrificio,
salve á ese noble patricio,
orgullo de Barcelona,
y á los que con él están.

SRA. IGN. Los salvareis?...

FALUGA. ¿Quién lo duda?

ANDRES. El que al combate no acuda
no será buen catálan.

DIEGO. El pueblo yace dormido.

FALUGA. No! Ese silencio demuestra
que se apronta á la palestra
un ejército aguerrido.

DIEGO. Duhesme, ofreciendo el perdon
á nuestros héroes, prueba
que si á la muerte les lleva,
teme la revolucion.

D.ª RAMONA. Ojalá vuestra voz sea
eco mágico y potente
que á mis hermanos aliente
y conduzca á la pelea.

SRA. IGN. ¿No irás, eh? (*Deteniendo á Faluga.*)

FALUGA. (*Con enojo.*) Madre! Se encienden
al oiros los semblantes.

D.ª RAMONA. Los muchachos son gigantes
cuando á su patria defienden!

FALUGA. Sí.

D.ª RAMONA. Al tirano, que hace alarde
de su despótica empresa,
arrebatadle la presa!

ESCENA IV.

Dichos, PAU DE LA LAYA.

PAU. ¡Es tarde, señora, es tarde!
(*Movimiento de dolor.*)
A tan nobles ciudadanos
sacrificó el despotismo.
D.ª RAMONA. ¡Ya han muerto!
PAU. Con heroismo!
¡Como mueren los cristianos!...
—Con firme pié ha caminado
Gallifa, lleno de ardor,
é invocando al Redentor
á sí propio se ha auxiliado.
Y como el justo que espera
ver el Eden celestial,
subió la escala fatal...
como al púlpito subiera!
(*Oyese un rumor muy lejano que irá aumentando segun marca el diálogo.*)
—Ved! El pueblo que gemia
bajo la indómita planta
del opresor, se levanta
como en el Bruch! (*Mirando á dentro.*)
FALUGA. ¡Madre mia!
(*Sacando una arma y disponiéndose á partir.*)
D.ª RAMONA. Tiempo es ya de que desate
sus ligaduras.
PAU. Lo anhelo.
D.ª RAMONA. Que Gallifa desde el cielo
os aliente en el combate!
(*Oyese el toque de rebato y voces lejanas.*)
El eco triste escuchad
de la campana sonora!...
—Parece que tambien llora
la perdida libertad!
FALUGA. ¿Ois? (*Con regocijo.*)
PAU. Despiertan el deseo
que no morirá jamás,
Lastortras, Portet y Mas
en la torre de la Seo.
(*Faluga váse corriendo, seguido de Diego.*)
Al clamor de las campanas,

nuestro poderoso acero
desaloje al estranjero
de las playas catalanas.

D.ª RAMONA. ¿Es posible que á vencer
el altivo frances torne?

PAU. Ved, cómo se llena el Borne
de paisanos!

ESCENA V.

Dichos, DIEGO, CIUDADANOS armados.

DIEGO. Escuder!

PAU. ¿Qué?

DIEGO. La sangre que aun humea
de Gallifa y sus hermanos,
á los buenos ciudadanos
nos convoca á la pelea.

PAU. Nuestros brazos á herir van
como vengativo rayo.

D.ª RAMONA. Los héroes del *Dos de mayo*
hoy de nuevo se alzarán.
De la campana el clamor
al enemigo provoca.

PAU. Cada vez que el bronce toca,
redobla nuestro valor.

D.ª RAMONA. ¡Bien hayas, patria adorada,
que tales hijos nos dás!

ESCENA VI.

Dichos, PROVANA con una escolta de *vélites* aparece por la izquierda. Por el lado opuesto, ciudadanos armados.

PROVANA. Miradlos! Canalla, atrás,
ó no respondo de nada!
¿Qué quereis?—Huid ó voy
á dar el grito de guerra.

PAU. (*Saliendo del grupo que forman los ciudadanos, con una pistola en la mano.*)
Es tu castigo en la tierra
la respuesta que te doy! (*Dispara y cae Provana. Trábase una lucha encarnizada y los soldados franceses retroceden.*)

PROVANA. ¡Ah! (*Muere.*)

PAU. No mas del que ambiciona
libre ser, el valor frustres.

D.ª RAMONA. Dormid, mártires ilustres,
que os venga ya Barcelona.

PAU. De tan justa represalia
quede un recuerdo en la historia
mientras nos guia á la gloria
el pendon de Santa Eulalia!
(Sigue el toque de rebato: cruzan los paisanos armados la plaza en varias direcciones al grito de «independencia». Preséntase Faluga con la capa del Padre Gallifa.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, FALUGA, DIEGO, ANDRÉS.

FALUGA. Mejor nos le dá el deseo
de lidiar.—¡Ved! ¿Qué bandera
la patria nos concediera
mas santa que este trofeo?
(Mostrando la capa. Sensacion general.)

D.ª RAMONA. ¡La capa del mártir!...

FALUGA. Sí.
Lucha, pueblo catalan;
la capa del Padre Juan
será un altar para tí.

D.ª RAMONA. Sobre este altar que invocamos,
jurad sucumbir ahora
á la sombra protectora
de Gallifa.

TODOS. ¡Lo juramos! *(Pau toma la capa.)*

D.ª RAMONA. Recordad que el postrer grito
que envia desde el tormento,
deja á España un testamento
en letras de sangre escrito!

PAU. En nuestros pechos grabado
queda ya!

TODOS. Sí!

PAU. Apercibido
nuestro pueblo, ha recogido
ese precioso legado.
—Para el vencido, clemencia:
fortaleza en el combate
y resuene en Monserrate

el grito de independencia:
y sepa ¡pese á mi vida!
toda esa chusma malvada,
que aquí se aprende la entrada
mas se muere en la salida!

DIEGO. ¡No mas estranjeros!

PAU. Fia
que derrotados serán
mientras tenga un catalan
la española monarquía.

(En este momento la campana de la iglesia de Santa María responde al toque de somaten de la Catedral.— Crece el movimiento de paisanos armados.)

D.ª RAMONA. Ninguno su brazo tuerza
hasta que deje deshecho
con la fuerza del derecho,
el derecho de la fuerza.
Y si esas luchas son vanas,
en su Dios los ojos fijos,
se batirán por sus hijos
las matronas catalanas!

(Toque de somaten.—El pueblo reunido en la plaza recoge la capa del Teatino, la agita en el aire y parte acaudillado por D.ª Ramona, Pau y Faluga, en direccion al Borne.—Cuadro popular.) (*)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 26 de febrero de 1862.

El Censor de Teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

(*) Así acabó esta gloriosa página de la gigantesca lucha sostenida por nuestros padres contra los usurpadores del territorio español. La muerte del P. Gallifa, Pou, Navarro, Massana y Aulet, fué uno de los actos de heroismo —acaso el mas sobresaliente— que demostraron al mundo la inquebrantable fé y nunca superada constancia con

que sacudia un pueblo vilmente engañado y cruelmente oprimido la servidumbre de otra nacion estraña. Verdad es que los cinco mártires, protagonistas de este drama, pagaron con sus vidas el conato; es cierto que el toque de somaten dado la noche de la Ascension y las campanadas con que se anunció al vecindario el suplicio de aquellas víctimas ilustres, no fueron mas que UN SUSPIRO DE LA PATRIA; pero ni la sangre derramada fué estérilmente absorbida por la tierra, ni aquellos desgarradores sonidos dejaron de encontrar eco en todas partes; pues como del rocío desprendido del cielo brota mas tarde la feraz semilla, asi Barcelona, al cabo de algunos años, logró romper las cadenas del cautiverio persiguiendo al francés hasta mas allá de los umbrales de su casa.—Tan feliz desenlace ¿á qué fué debido sino á los sacrificios de los valerosos ciudadanos que con su sangre se ofrecian en holocausto á la patria esclava? Por eso — aunque con mas fé que talento — hemos procurado levantar hoy una memoria á las víctimas; por esto hemos intentado reproducir en la presente obra la historia de EL DIA GRANDE DE BARCELONA. Acaso mañana, si el favor del público y la suerte en el arriesgado campo de la escena nos fueren propicios, consagraremos otro recuerdo á los españoles triunfantes de aquella gloriosa lucha.

NOTAS.

(1) Pablo Escuder, segun el P. Ferrer, traficante en muebles. Fué uno de los personajes que en la época del drama se distinguió mas por su acendrado patriotismo y constancia en rechazar la dominacion estranjera. El citado P. Ferrer en su obra «Barcelona cautiva» habla de él con elogio y vive su memoria en la mente de muchos catalanes que admiraron en persona la valentía y el ardor nacional de este hijo del pueblo.

(2) Reding, Villalba, Claros
y otros jefes esforzados
traman la conspiracion.

Estos eran los comandantes de diferentes columnas del ejército español que se hallaba acampado en los alrededores de Barcelona.

(3) Dama francesa que vino á Barcelona con el ejército invasor.

Doña Ramona de las Casas.

Fué una de las muchas heroinas que enaltecen con su memoria esta brillante epopeya de la *Guerra de la Independencia*.—Hablando de aquella noble matrona, nos dice el P. Ferrer, testigo presencial de su estraordinaria bravura, que se la veia correr desalada de un punto á otro, donde se reunian los jefes de la patriótica conjuracion, ó se hallaban prevenidos los que debian secundar sus designios.—En la empresa que llevó agitados á los barceloneses en mayo de 1809, recibia órdenes y las comunicaba, llevaba bajo del brazo ó en su pañuelo pliegos de cartuchos y pólvora, é invirtió gruesas sumas para proporcionar toda clase de socorros á los soldados de la libertad. Además, no solo en aquella sino en otras conjuraciones habia ya pasado á conferenciar con los comandantes españoles, que debian obrar con sus tropas por la parte esterior de la ciudad, y así ponia en relacion á los de dentro con los de afuera, como recogia en su casa á los migueletes

ó paisanos conductores de los pliegos de correspondencia, manteniéndolos todo el tiempo que permanecian en esta capital.—No eran, pues, tan solo las Agustinas de Zaragoza, las mujeres que defendian con sumo teson y varoniles rasgos la santa causa de la libertad, sino que tambien las damas de mejor estirpe se interesaban con los hombres y combatian con ellos por mantener incólumes los fueros y la independencia del pais.

La prision del *P. Gallifa* y sus compañeros de martirio, sabido es que no tuvo efecto como se la supone en el final del cuadro 3.° Al apartarnos los autores de la verdad histórica, lo hemos hecho obedeciendo á las exigencias del arte que tan mál se acomodaban con unos sucesos completamente desprovistos de interés dramático y poco conformes con la forma y el carácter de la presente composicion. El *Padre Gallifa* fué preso en casa de D. Juan Madinabeytia, regente intruso de esta audiencia; Massana y Aulet en casa del capitan Provana, Navarro en el depósito de prisioneros de guerra españoles de la Merced, y el doctor Pou en el palacio del marqués de Vilana, donde residia; y esta multiplicidad de sucesos, ni podian caber en una obra de tan reducidos límites que se destina á la escena, ni ofrecian al espectador el interés y colorido de una ficcion verosímil, dramática y poco distante de la realidad.—Sírvannos estas cortas palabras de disculpa, si culpa puede haber en despojar á la historia de su rigorismo ante las consideraciones artísticas del buen gusto y la amenidad.

Lastortras, Portet y Mas fueron los tres barceloneses que, á fin de impedir la ejecucion de los cinco mártires, la tarde del 3 de junio, tocaron á rebato en la torre de la catedral.—Habiéndose frustrado sus nobles intentos, porque las tropas del comandante Clarós habian sido alejadas de Barcelona en razon á la seguridad que se les dió de quedarles perdonadas las vidas á los supuestos reos, tuvieron aquellos tres patricios que esconderse y lo verificaron debajo de los fuelles del órgano, donde permanecieron setenta y dos horas sin comer ni beber; siendo lo mas notable que los franceses para aprehenderles tuvieron que apelar á la estratagema de gritar á grandes voces por el templo que les perdonaban si salian de su escondrijo. ¡Tantas diligencias habian practicado y tan ajeno de sospecha era el sitio donde los referidos ciudadanos se hallaban ocultos! Al dia siguiente fueron tambien ajusticiados, viniendo á confundirse sus cenizas con las humeantes todavía del P. Gallifa y sus hermanos.

ERRATA NOTABLE.

En el cuadro tercero, línea primera, donde dice: Calle de San Francisco, léase: *Calle Nueva de San Francisco.*